

Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María

REGLA DE VIDA

Roma 2003

NOTA: En esta edición se han introducido algunas correcciones de la versión anterior, a fin de hacerla más fiel al texto original

PRESENTACIÓN

Este Regla de Vida fue elaborada por la Comisión respectiva.

El Capítulo General de 1970 la aprobó y recomendó a todas las Comunidades y cada hermano en particular, como instrumento de comunión y renovación de vida.

Instrumento de comunión

La Regla de Vida no pretende decir todo, ni ser un tratado de exégesis bíblica o de teología de la vida religiosa. Solamente quiere recordar, en términos sencillos y directamente fundados en la Palabra de Dios, cómo debe vivir cada uno en la comunidad en que Dios le ha colocado providencialmente, al servicio del mundo que nos rodea.

Tampoco intenta ser una síntesis sistemática de espiritualidad. Se limita a proponer los elementos de fondo de nuestra «vida», sin demasiado afán por organizarlos.

Quiere ser, ante todo, instrumento de comunión fraterna.

Sentimos necesidad de sabernos en profundo acuerdo con lo que parece decisivo para vivir hoy el Evangelio.

No debe ser utilizada para encadenar la libertad de los hijos de Dios, ya que no pretende definir nuestra vocación en el sentido de fijarle límites o destacar diferencias particularistas. Desde el comienzo de su existencia, nuestra Comunidad rechazó instintivamente la uniformidad que no respeta la variedad de carismas y situaciones locales.

Esta Regla sólo quiere ayudar a expresar y vivir la conciencia comunitaria de nuestra vocación, en la situación y con las actitudes a las que Dios nos llama. Por lo demás, se ha escrito teniendo como punto de referencia la vida concreta del Instituto y su pensamiento tal como se ha manifestado en los Capítulos Provinciales.

Instrumento de renovación de vida

Lo que es sin duda oportuno subrayar, es la fuerza con que la Asamblea General la propone a las comunidades:

«El Capítulo General estima que el proyecto de Regla de Vida, con las modificaciones que la han enriquecido, contiene los valores fundamentales que deben animar nuestra vida religiosa y servirle de guía».

Es más que un simple consejo o manual espiritual. Es un documento al que las personas y las comunidades deben recurrir para juzgar su vida.

Así pues, que cada comunidad revise su vida en relación con los principios y opciones que aquí se presentan. Que cada uno acuda a la Regla de Vida para inspirarse en ella y realizar, en su vida concreta, las exigencias que contiene y que, en definitiva, son las del Evangelio.

*«Que el Dios del Señor Nuestro Jesucristo,
el Padre de la gloria,
os dé el espíritu de sabiduría y revelación,
para conocerlo.*

*Ilumine los ojos de vuestro corazón
para que comprendáis
cuál es la esperanza a la que os llama,
cuál la riqueza de la gloria
que da en herencia a los santos
y cuál la extraordinaria grandeza
de su poder para nosotros,
los que creemos,
según la eficacia de su fuerza poderosa,
que desplegó en Cristo
resucitándolo de entre los muertos
y sentándolo a su derecha en el cielo,
por encima de todo principado,
potestad, fuerza y dominación,
y por encima de todo nombre conocido,
no sólo en este mundo,
sino en el futuro».*

Eph. 1, 17-21.

ACUÉRDATE DE JESUCRISTO

1. Nunca podrán las palabras reemplazar el amor de Jesucristo.

Tú que comienzas a leer, acuérdate siempre y ante todo de su «nacimiento, su vida, su muerte: ésa es nuestra Regla» (P. Coudrin: «Reglamento primitivo», 1797-1798).

«Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Si morimos con Él, viviremos con Él. Si perseveramos, reinaremos con Él. Si lo negamos, también Él nos negará. Si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a Sí mismo» (II Tim. 8, 13).

Acércate a Él, la piedra viva, rechazada por los hombres, pero escogida, preciosa a los ojos de Dios (I Pe. 2, 4). Llégate con espíritu sincero, con fe sólida, limpio el corazón de mala conciencia y lavado el cuerpo con el agua purificadora. No te niegues a escuchar a Cristo que habla (Heb. 10, 19-22, y 4, 14-16).

2. Cuando abres las Escrituras, encuentras a Jesucristo.

Él es para ti el modelo inagotable. Él, primogénito entre los hombres, vivió su condición de Hijo de Dios y hermano nuestro hasta el extremo. Realizó en toda su profundidad el gran mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo» (Lc. 10, 25-28).

A Él, que no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros para que en Él seamos justicia de Dios (II Cor. 5, 21). Entregado a las cosas de su Padre, hacía siempre lo que era de su agrado. Reservaba largos momentos para la oración. Y Cristo no dejó, por eso, de estar absolutamente disponible para sus hermanos: después de los años pasados en Nazaret, se comprometió en una vida itinerante, curaba a los enfermos y predicaba por pueblos y ciudades. Soportó la fatiga, la contradicción, la hostilidad, hasta la muerte de cruz.

Él es el Alfa y Omega: a Él el poder y gloria (Apoc. I, 4-8 y 5, 1-14).

3. Sólo a causa de Cristo y de su Evangelio tú te decides y escoges. Fuera de Él, tu vida no tiene sentido. «Pues ninguno puede poner otro cimiento fuera del que hay, que es Jesucristo» (I Cor. 3, 11). Y porque te has entregado a Él, te entregas al mundo.

Como religioso, no estás fuera del mundo; por el contrario, todo en tu vida debe ser un servicio concreto a los que te rodean. Has querido que toda tu existencia sea, en medio de los acontecimientos y de las situaciones de los hombres, un testimonio del Dios vivo y un servicio continuo a la obra de Cristo, a quien uno se entrega definitivamente.

El mundo en que vives necesita más que nunca del testimonio de la fuerza del Espíritu, que anime y suscite comunidades fraternas. En ellas ya no hay ni ricos ni pobres, ni griegos ni judíos, ni hombres libres ni esclavos, sino hermanos en Cristo.

4. Realizarás tu vocación sólo en la escucha profunda y diaria del Espíritu Santo. Sólo Él conoce las cosas de Dios (I Cor. 2, 10). Si alguien no tiene el Espíritu

de Cristo, ése no le pertenece; pero los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, éstos son Hijos de Dios (Rom. 8, 3-30).

Déjate, pues, guiar por el Espíritu y no correrás el peligro de satisfacer las apetencias de la carne (Gal. 5, 16). Hablarás no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con palabras inspiradas en el pensamiento del Señor (I Cor. 2, 13). Ya que Cristo es nuestra vida, que el Espíritu nos mueva a la acción (Gal. 5, 25).

Que vean en ti un servidor de Cristo y un administrador de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se pide a los administradores es que sean fieles (I Cor. 4, 1-2). Sigue el ejemplo de María, que se consagró a sí misma como esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención (L.G. 56).

5. Por último, no te preocupes demasiado de tu debilidad y pon en Dios tu seguridad: lo débil del mundo lo escogió Dios para confundir a los poderosos. Y lo innoble del mundo y lo rastrero lo escogió Dios; aquello que nada es para desbaratar aquello que es. Para que no se gloríe mortal alguno en la presencia de Dios (I Cor. 1, 27-29).

I

SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO

(Mt. 5, 13-16)

Nuestra presencia en el mundo

6. Primeramente, con una mirada de fe, debes *tomar conciencia de un hecho*: la comunidad a que perteneces tiene un papel que desempeñar en el misterio de Cristo, una misión en medio de los hombres. Su finalidad es la de continuar la obra misma del Señor, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad; para salvar, no para condenar; para servir, no para ser servido.

En realidad, la comunidad hace a Cristo presente, es su testimonio y proclama el anuncio del Resucitado, con una forma y lenguaje propios. Asegura en numerosos países el servicio del Evangelio en la diversidad de situaciones, vocaciones y funciones: enseñanza, vida de adoración, de penitencia, predicación del amor de Cristo en todas partes.

Así, la vida misma de Cristo, en su paso por la tierra, se encuentra representada y recordada aún hoy. La actividad y la vida del conjunto del Instituto, reproducen en la variedad de sus tareas, las diversas etapas de la existencia terrena del Señor.

Esto es posible, porque compartimos los sentimientos de su corazón imitándole hasta llegar a conformarnos con Él en su muerte (Flp. 3, 10). A ejemplo suyo, seguimos el camino del amor (Ef. 4, 2). Nos esforzamos por tener entre nosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Flp. 2, 5).

7. En el mundo y en la Iglesia, *cada uno tiene su compromiso y su responsabilidad*. El universo y su destino no pueden dejarnos indiferentes. Nadie puede decir: ¿Soy acaso el guarda de mi hermano? Nos reconocemos solidarios del género humano y de su historia. Nuestra vida en comunidad carece de sentido si no es comunión en nuestra presencia en medio de los hombres.

«Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo. Y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (G.S. I).

8. Tienes que *observar siempre con atención los signos de los tiempos* e interpretarlos a la luz del Evangelio. Podrás así responder de manera adecuada a las preguntas eternas de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre sus relaciones recíprocas: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida? (G.S. 10).

Es importante que conozcas y comprendas el mundo en que vivimos, sus esperanzas y sus aspiraciones, sus necesidades y sus valores (Lc. 12, 54-59).

Una nueva era

9. El género humano vive hoy una *nueva era* de su historia, caracterizada por los profundos y rápidos cambios que progresivamente se extienden a todo el universo. Los provoca el hombre con su inteligencia y actividad creadora. Pero recaen luego

sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y actuar tanto respecto a las cosas como a sus semejantes (G.S. 4).

10. Nuestro mundo es *el mundo de la grandeza* del hombre y del progreso científico, técnico y económico; el mundo de la socialización, de la unificación de la humanidad, del desarrollo de los medios de comunicación; el mundo que aspira al acceso de todos a los bienes de la cultura; el mundo de la explosión demográfica y de la importancia creciente de la juventud.

La mutación que se opera ante nuestros ojos, cuestiona el concepto tradicional del orden de las cosas y estimula los espíritus a elaborar síntesis y análisis nuevos (G.S. 5-7).

11. No ignoras que este progreso, en cuanto contribuye a una mejor organización de la sociedad, *corresponde al designio de Dios* que dio al hombre la misión de someter la tierra y gobernar el mundo en santidad y justicia.

El progreso ayuda al mundo en su marcha hacia los últimos tiempos. Pues la creación aspira a la revelación de los hijos de Dios. Espera ser liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Está gimiendo toda ella con dolores de parto (Rom. 8, 20-22). Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia (2 Pe. 3, 13 y Apoc. 21, 1).

12. Sin embargo, una evolución tan rápida, llevada a cabo, muchas veces, sin orden, engendra o aumenta *contradicciones y desequilibrio*. Como en toda crisis de crecimiento, esta transformación se realiza con dificultad e incertidumbre.

La vida, la libertad, la dignidad de los hombres se ve cada vez más amenazada. Muchos hombres están oprimidos por el egoísmo, la codicia, la ambición o la indiferencia. Aumenta la desproporción entre los pueblos ricos y los pueblos pobres. Perdura la injusticia social, el analfabetismo, la ignorancia, el abandono de los jóvenes, las rivalidades y las guerras.

El hombre corre incluso el peligro de ser sofocado por falta de apertura a lo invisible, a causa de la ausencia o el rechazo de Dios. Marcados por una situación tan compleja, un gran número de nuestros contemporáneos encuentran dificultad para discernir los valores permanentes; ignoran cómo armonizarlos con los descubrimientos recientes, y les sobrecoge la inquietud cuando se interrogan sobre la actual evolución del mundo.

13. No debe sorprendernos tampoco el que *muchos «contesten»* el tipo de sociedad en que vivimos. No la encuentran suficientemente justa, sino más bien llena de desigualdades y de formas nuevas de servidumbre o esclavitud social y psíquica. No la ven **lo** bastante fraterna, sino dominada siempre por los conflictos de bloques, razas, naciones o clases. No la hallan debidamente centrada en el desarrollo integral del hombre, más bien, se les presenta sin espíritu de contemplación y sensibilidad para lo gratuito, orientada al propio provecho y asfixiada por una técnica racionalizante. No la encuentran abierta a ciertos valores nuevos del mundo, sino replegada en sus propias estructuras.

Repercusiones en la vida cristiana

14. *Las condiciones nuevas repercuten evidentemente en la vida cristiana.* Por una parte, el fuerte espíritu crítico la purifica de una concepción mágica del mundo y de las supersticiones aún existentes, y exige una adhesión a la fe cada vez más personal y activa. Muchos llegan así a un sentido más vivo de Dios y a un compromiso más profundo en el servicio de Jesucristo.

Por otra parte, muchedumbres cada vez mayores se alejan prácticamente de la religión. Rechazar a Dios o a la religión, prescindir de ellos, ya no es un hecho excepcional: hoy, en efecto, se presenta fácilmente semejante comportamiento como una exigencia del progreso científico o de algún nuevo humanismo.

Esta negación o indiferencia no se expresan solamente a nivel de las ideas; afectan también, y muy ampliamente, a la organización concreta de la existencia. De ahí el desconcierto de muchos.

15. *Así, hay quienes parecen perder su confianza en la Iglesia,* al menos tal como ellos la conocen, y no quieren reconocerla como instrumento de salvación y signo entre las naciones. Para ellos la Iglesia es infiel a Jesucristo. Piensan que el cristianismo, tal como es vivido históricamente, es incapaz de responder a la expectativa espiritual de los hombres de hoy y que ha pasado su hora.

Dentro de la misma Iglesia, algunos sienten un profundo malestar debido al desajuste entre las formas históricas tradicionales y las exigencias de la sociedad moderna. Consideran que los esfuerzos de renovación realizados hasta ahora, sólo son hábiles componendas entre la fidelidad al pasado y la apertura al mundo actual, no creaciones nuevas de aliento evangélico.

La renovación inaugurada por el Concilio, debe situarse en su verdadero nivel: no en la conservación a toda costa de instituciones preexistentes, sino en la búsqueda de formas nuevas que encarnen los valores evangélicos permanentes.

Renovarse continuamente en la fidelidad

16. Hemos sido enviados a este mundo tal como es, con sus miserias y sus grandezas, sus búsquedas y sus esperanzas. Es preciso vivir en medio de este mundo, pues nuestra existencia cristiana nunca puede ser una evasión. «Faltarán a su voto más esencial desde el momento en que quieran vivir para ellos solos y no trabajar en la salvación de sus hermanos» (P. Coudrin).

Pero para llegar a ser los verdaderos testigos que Cristo espera, tenemos que *convertirnos continuamente*, dejar los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero (I Tes. 1, 9-10), despojarnos del hombre viejo, el que se corrompe en pos de las concupiscencias engañosas, para renovarnos a impulsos del Espíritu (Ef. 4, 20-24). «Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos en renovación de la mente, para que distingáis lo que es voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom. 12, 2).

17. La vida cristiana auténtica exige una conversión continua. Hermano, estás invitado a *renovarte espiritualmente*: «Las mejores adaptaciones a las exigencias de nuestro tiempo no producirán su efecto si no están animadas por una renovación espiritual» (P.C. 2).

Renovarte espiritualmente significa, ante todo, colocarte sin cesar con perspectiva de fe, en presencia de Cristo, que invita a cada uno a su encuentro, a seguirlo, a servirle en los demás. Significa reconocer la bondad del Padre en la trama de tu vida diaria. Y comprender así que tu vocación es vocación al amor, que tú debes revelar y anunciar. Exige intensificar tu esfuerzo por estar presente entre los hombres de hoy, esforzándote por mirarlos con la mirada de Cristo. Es, en fin, comulgar con la vida de la Iglesia, hacer tuyas «sus iniciativas y afanes en el terreno bíblico, dogmático, pastoral, ecuménico, misionero y social» (P.C. 2).

18. Si es fundamental el esfuerzo de cada uno, también hace falta que se imponga *el diálogo entre todos y el trabajo en común* para hacer de nuestra comunidad el instrumento de Dios al servicio de los hombres. A todos nos concierne suprimir lo que está ya en desuso, crear órganos de animación, de coordinación y de renovación permanente para servir mejor y con más eficacia.

Nuestra fidelidad exige atención a lo que vive y siente la comunidad actual. Cuando los hermanos en una profunda unión de corazones, manifiestan sus deseos apostólicos y religiosos, el Espíritu Santo está actuando allí.

La convergencia de ciertas llamadas puede ser reconocida, con todo derecho, como un discernimiento colectivo de la voluntad de Dios.

19. Nuestra fidelidad será *fidelidad a la intuición del Fundador*. Estamos seguros de que este recurso, lejos de apartarnos de nuestra misión presente, nos sumerge en ella con mayor profundidad, pues no es una restauración arcaica, consiste, más bien, en plantearnos la pregunta: ¿Cómo vivir el Evangelio hoy en la singladura de nuestra comunidad histórica? ¿Qué valores evangélicos se han de manifestar en nuestra vida y por nuestra vida? ¿Qué mensaje hemos de llevar a los hombres de este tiempo?

Ser obreros llenos de celo, al servicio de la gran obra de la reconciliación y restauración de todas las cosas en Cristo; estar dispuestos a todos los sacrificios para que la «Palabra del Señor corra y tenga gloria» (II Tes. 3, 1); vivir en la sencillez y cordialidad de una familia a la que une, sobre todo, la conciencia de la grandeza de Dios y de su ternura misericordiosa; ser uno mismo testigo viviente de esta ternura por la comprensión, la mansedumbre, la disponibilidad, el compartir, la hospitalidad: éste es el ideal que proponía el Padre Coudrin a sus discípulos y compañeros.

20. *El mundo de hoy tiene necesidad, más que nunca, del testimonio* dado en el centro mismo de las realidades humanas, por religiosos que conocen y aman a Dios como a alguien vivo: «Una nube ingente de espectadores nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del Padre» (Heb. 12, 1-2).

II

«ID Y HACED DISCIPULOS DE TODOS LOS PUEBLOS»

(Mt. 28, 19)

Misión de la Iglesia

21. La Iglesia tiene como misión ser sacramento universal de salvación; estar presente en todos los hombres y en todos los pueblos, para conducirlos por el ejemplo de su vida por la predicación y los sacramentos, a la fe, a la libertad, a la paz de Cristo; penetrar y jerarquizar, según el espíritu evangélico, los valores temporales conforme al designio de Dios.

En efecto, Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos» (I Tim. 2, 5), y «en ningún otro nombre obtiene nadie la salvación» (Act. 4, 12). Dios quiere recapitular en Cristo el mundo entero para hacer de él una nueva criatura, empezando ya en esta tierra y dándole su plenitud en el último día (Ef. 1, 3-14).

22. Por desgracia, *la Iglesia se presenta dividida ante los pueblos*. En esta sola y única Iglesia de Cristo han aparecido a lo largo de los siglos divisiones que constituyen un considerable empobrecimiento y una piedra de escándalo para los que no creen. Los cristianos separados, sin embargo, confiesan su fe en Dios y en Cristo Nuestro Redentor y Señor. De esta forma, en común esfuerzo, dan testimonio y disminuyen así el escándalo de la separación, que hace poco creíble la palabra anunciada. Todo cuanto se haga en favor de la unión de los cristianos, se hace en ventaja de la misión de la Iglesia.

Una comunidad apostólica

23. *Nuestra comunidad es esencialmente de vida apostólica*. Para sus miembros, la acción apostólica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa (P.C. 8). La preocupación misionera y «el amor apostólico por los que se esfuerzan para asociarse a la obra de la redención y a la extensión del Reino de Dios» (P.C. 5), forman parte integrante de nuestra vocación.

Si se te ha hecho objeto de una llamada es para ser apóstol de su designio de amor, trabajando por reunir a los hijos de Dios dispersos. Tu compromiso religioso, que te asocia a Cristo, te hace participar más plenamente en la misión «del Hijo del Hombre que vino a buscar y salvar lo que estaba perdido». Tu incorporación a nuestra comunidad debe unirse más intensamente a la Iglesia y hacerte participar cada vez más en su ardor misionero.

24. *El P. Coudrin constituye en todo esto un gran modelo para nosotros*. Toda su vida, abrasada por el amor a las almas, fue una larga y, a menudo, heroica entrega. Fue un pastor que jamás calculó su «celo». En la Iglesia de Francia, en crisis durante la Revolución, se prodigó de mil maneras y en toda clase de obras: misiones parroquiales, seminarios, misiones lejanas, cuidado de los pobres, preocupación por una oración reparadora... Favoreció las más atrevidas iniciativas, teniendo él mismo la audacia de los humildes.

Frente a lo que hoy llamaríamos «la descristianización de la sociedad»,¹ nos indicaba la más sublime de las vocaciones: «reintegrar a los hombres en la confianza y amor de Jesucristo». Al mismo tiempo nos indicaba la medida: «su vocación está, en fin, llena de celo y de un celo inflamado».²

25. Este trabajo y este mensaje apostólico han tenido siempre entre nosotros un acento particular: el de una predicación que invita a la confianza en el poder redentor del amor. La fuente misma de nuestra entrega es la conciencia de la infinita «ternura» de Dios, de su misericordiosa bondad para con nosotros. Ante todos predicamos el amor.³

Nuestro mensaje central podría resumirse en estas palabras de Pablo: «Ha aparecido la Bondad de Dios y su Amor al hombre. No por las obras de la justicia que hayamos hecho nosotros, sino que según su propia misericordia nos ha salvado: con el baño del segundo nacimiento, y con la renovación del Espíritu Santo» (Tit. 3, 4-5).

26. *El dinamismo apostólico es lo que configura nuestra existencia.* El P. Coudrin quería que esta fuerza constituyese el ser más profundo y más característico de nuestras comunidades nacientes. Todo en la vida común: pobreza, celibato, disponibilidad, fraternidad, oración, tiende a hacer particularmente presentes en el mundo las promesas y las exigencias del Evangelio (Lc. 9, 57-62; Mt. 10, 1-42).

Jamás debes perder de vista que vivimos en comunidad para proclamar el Mensaje. Donde quiera que nos encontremos, tenemos que anunciar la liberación que Cristo trae al hombre, sin limitarnos a una lucha de intereses o a un simple perfeccionamiento de las técnicas de producción.

«¡Estad firmes! Usad como cinturón la verdad; como coraza la justicia; como calzado, la prontitud para el Evangelio de la paz; en toda ocasión tomad como escudo la fe: para que se apaguen en ellas las flechas incendiarias del Maligno. Finalmente, poneos el casco de la salvación y empuñad la espada del Espíritu: la Palabra de Dios» (Ef. 6, 14-17).

27. Por otra parte, *el apostolado señala profundamente a la misma comunidad:* la une a Cristo, le hace tomar parte más íntimamente en sus intenciones, en sus sentimientos, en su acción en el mundo. La acción apostólica se convierte en la fuerza santificante de la comunidad. En ella se dará la fraternidad en la acción y en el apostolado, en el trabajo y en el testimonio del Reino, en el interés activo por los hombres.

«No llevamos nuestra fe escrita en la frente, sino que debemos hacerla estimable por nuestra conducta, por las obras que la honran, conservan y mantienen. Amor de Dios, desapego de nosotros mismos, caridad para con nuestros hermanos,

¹ «¡Ya no se sabe lo que es el amor de Dios!»

² «Memoria sobre el título de Celadores», 6 dic. 1816.

³ «Si se penetra uno de la ternura del Corazón de Jesús por la salvación de las almas, ¿se puede, acaso, no estar inflamado de celo para responder al amor de tan buen Maestro? Si se piensa en la ternura maternal del Corazón de María para con los hombres, hechos hijos suyos en la persona de San Juan, ¿se podrá, aún, no sentir el alma abrasada de un santo celo para honrar a la Virgen de las vírgenes? Esto es, precisamente, lo que encierra el nombre de Celadores» (Memoria..., 6 de diciembre de 1816).

edificación mutua: éste es el magnífico testimonio que debemos a la fe» (P. Coudrin, «Sermón sobre la fe»).

28. El hecho de que nuestro Instituto sea «apostólico» implica *otras consecuencias*. Para permitir una acción apostólica y misionera más eficaz y adaptada, cada provincia, cada región, cada casa tendrá sus métodos y soluciones propias. De esto se deduce necesariamente, que las autoridades locales, con toda su comunidad, deben tener una cierta autonomía en la búsqueda de una mejor acción apostólica concreta.

La acción apostólica

29. Esta vocación apostólica se alimentará en ti con sólidas convicciones. *Cree en el valor de la acción en sí misma*: realizada según el designio de Dios, te hace más profundo y te santifica.

La acción da consistencia al amor de Dios. En el último juicio se nos pedirá cuenta de lo que hayamos hecho por nuestros hermanos enfermos, pobres, desnudos y prisioneros. Se nos preguntará si hemos servido realmente a la comunidad de los hombres. Él que no hace nada, corre el peligro de hacerse ilusiones acerca de sí mismo (Mt. 25, 31-46).

Por otra parte, la acción purifica la misma oración: en cierto sentido, es el «test» de la validez de nuestra oración: «No todo el que me dice ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mt. 7, 21).

La acción es escuela de desprendimiento. Preocuparse por los demás, interesarse por el bien y la serenidad de todos, es ya una purificación profunda. La obligación de trabajar con los demás, de tener en cuenta a las personas concretas, y de respetar su ritmo de maduración, te enseña también a conocer y aceptar tus limitaciones propias y a negarte a ti mismo (Lc. 14, 15-25).

30. *Actúa por Cristo y su Evangelio buscando sólo el Reino de Dios*. Prefiere la calidad espiritual de la acción a la cantidad. Haz explícita, intensifica y refuerza tu intención de trabajar sólo por Dios. Aleja cualquier móvil interesado. No exageres la importancia de las motivaciones naturales: cierta propensión a la satisfacción y a la búsqueda del éxito personal, pueden debilitar tu desinterés.

Como signos y pruebas de una verdadera disponibilidad para el servicio del Reino, se pueden señalar: estar más dispuesto a obedecer que a actuar a toda costa; estar preparado para el fracaso que vendrá más tarde o más temprano, ya que el éxito profundo del Reino viene casi siempre acompañado de su fracaso aparente; estar dispuesto a reconocer que ya no podemos seguir actuando, a ver paralizadas nuestra fuerzas, a ser relegados por los hombres y por la vida, sin perdernos en lamentos inútiles.

31. *Que el apostolado alimente de verdad tu oración*, a la que debes llevar las preocupaciones y necesidades del mundo. Después de la oración volverás a la vida más libre y espiritual. Sabrás situarte ante los acontecimientos de cada día. Captarás mejor su significado y cambiarás muchas de tus actitudes ante ellos. La oración es el

lugar de nuestra conversión, donde el pobre se vuelve hacia su Dios. Donde, por Cristo y su Evangelio, recobramos energías, superamos enemistades y cansancios, no nos dejamos dominar por las razones de nuestros miedos, y nos disponemos a la reconciliación. Y así volvemos a la acción, con el alma en paz, serena y disponible.

III

**«TODOS LOS DIAS PERSEVERABAN UNANIMES
CON ALEGRIA Y SENCILLEZ DE CORAZON»**

(Act. 2, 46)

Comunión verdadera en la caridad

32. La comunidad religiosa debe ser *comunión*, es decir, unión mutua en Cristo. No puede reducirse a una simple convivencia. Implica una verdadera fraternidad espiritual. Seguir las mismas observancias, encontrarse a las mismas horas para ciertos actos, no significa de por sí una comunión de espíritu y de corazón; de hecho, puede encubrir las más graves divisiones. La comunidad religiosa es una realidad más profunda que un simple «equipo».

33. La forma de vida comunitaria *une a las personas desde dentro de su ser* y no deja que permanezcan extrañas unas a otras. Realiza una comunión de sentimientos y de fe. Establece entre todos sus miembros una comunicación constante, que abraza la totalidad de la existencia, desde su aspecto más material hasta los compromisos más espirituales.

Es una comunidad de bautizados, unidos por un mismo compromiso, alimentados por la misma Eucaristía, que se aceptan mutuamente con un profundo respeto a la originalidad y desarrollo personal de cada uno. Todo esto para servir mejor a la Iglesia y al mundo.

34. *El Evangelio es la gran regla de todos y cada uno.* La comunidad lo toma como centro de referencia constante para profundizarse, poder dar un testimonio más auténtico y prestar un servicio más válido.

De hecho, no se pueden vivir con la misma intensidad todos los valores del Evangelio. Cada comunidad, según sus circunstancias, tradiciones, sensibilidad, y las personas que la componen, pone más de relieve, en su vida, algunos aspectos o características del Mensaje evangélico.

La vida de nuestras comunidades tiene, por ejemplo, una característica particular, que hemos recibido como tradición de familia: la contemplación de la Persona de Jesús, signo del amor de Dios para con todos los hombres, y de la Madre del Señor, modelo de fe en el amor. Este elemento debe dar a toda nuestra vida un sentido de interioridad, de confianza, de acogida cordial a nuestros hermanos. Constituye una aportación excelente a nuestro mundo despersonalizado.

35. Nuestra comunidad intenta sobre todo vivir *en la unidad de la paz*. Dejarnos llevar por la aspereza, la cólera o la malicia en cualquiera de sus formas, sería entristecer al Espíritu que nos ha marcado con su sello para el día de la Redención. Más bien, debemos mostrarnos buenos y compasivos los unos con los otros, perdonándonos mutuamente como Dios nos ha perdonado en Cristo (Ef. 4, 30-32).

Pues el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí (Gal. 5, 22-24). Busca siempre lo que favorezca la edificación mutua y trata de agradar a tu prójimo a fin de edificarle (Rom. 14, 19 y 15, 2).

Por lo demás, «que el Dios de la perseverancia y del consuelo os conceda tender unánimes al mismo fin, según Cristo Jesús, para que en un mismo sentir glorifiquéis con una sola boca a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 15, 5-6). La unidad de nuestra comunidad es, en efecto, una participación, una expresión y una prolongación del amor de que Dios vive (cf. también Col. 3, 12-15; Filp. 2, 2-5, y Rom. 12, 3-13),

36. La caridad y el buen entendimiento comunitario no se logran con ideas y teorías, sino con *la preocupación concreta por las personas* y sus cosas: su familia, trabajo, salud, fatigas, necesidades, inquietudes, desarrollo y felicidad.

Sé atento con los que te rodean, sobre todo con los más débiles, con los enfermos o los de edad más avanzadas. Manifiesta a todos, con delicadeza y respeto, el profundo afecto que les profesas en el Corazón de Cristo.

Has de saber comprender y no dejar sólo a un hermano que sufre. Que tu presencia sea para él, en lo posible, un motivo de aliento y le proporcione comprensión, consuelo y alegría.

Mantén tu afecto por los que formaron parte un día de nuestra comunidad, y se han orientado después por otros caminos.

37. *Los encargados de atender a las necesidades materiales de los hermanos* tienen una gran responsabilidad de cara a la unidad y concordia de la comunidad. Recuerden que sólo son administradores, al servicio de todos, de los bienes puestos bajo su cuidado. De esta forma, podrán hacer mucho por la creación y mantenimiento de la armonía dentro de una vida sencilla, fraterna y que no olvida las exigencias de la pobreza evangélica.

Unidad en la diversidad

38. *El respeto de los carismas* es una norma para todos en la vida diaria. Cada uno debe ocupar el lugar que le corresponda en la comunidad, para ofrecer desde allí su aportación personal. La diversidad de los carismas no impide, sino que construye, la unidad de la comunidad y de su acción. En efecto, la complementariedad de los diversos carismas y de las diferentes personas constituye la unidad de toda comunidad eclesial, unidad de un cuerpo (Rom. 12; I Cor. 12; Ef. 4). La riqueza de la diversidad se da para edificación del Cuerpo de Cristo (Ef. 4, 12).

39. La comunidad considerará *a cada uno de sus miembros como un don de Dios*. Esto la llevará a perdonar sus defectos y no tener demasiado en cuenta sus limitaciones. Por lo demás, la persona misma debe trabajar por superar el obstáculo de sus propias imperfecciones para no impedir que su carisma irradie en la comunidad y en la Iglesia.

En definitiva, se nos pide la aceptación de la realidad de la Iglesia. De lo contrario, amaríamos una abstracción o incluso una imagen demasiado personal de la Iglesia, pero no la comunidad viva en que Cristo espera nuestros servicios.

40. La comunidad *se complacerá en reunirse con frecuencia*, para revisar su vida, favorecer la caridad fraterna y el esfuerzo común hacia Cristo, y buscar juntos la

voluntad de Dios hoy: «Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mt. 18, 20).

El intercambio de experiencias y la costumbre de hablar juntos de los valores que sostienen nuestra vida, hacen más profundo el espíritu fraterno y sitúan la comunidad en un plano más vital.

Interesa mucho que todos participen en las reuniones. Que las cuestiones de cierta importancia sean tratadas por todos, y que todos puedan ser oídos. Con frecuencia, Dios revela lo mejor al más joven (Regla de San Benito, cap. III, 1-3).

41. *Un diálogo semejante no es nada fácil en comunidad.* Se necesita mucha paciencia y tiempo, pero es una escuela de caridad. Nos enseña a ver a los demás a nivel de su vocación personal; nos confirma en nuestra fe; nos convierte por el esfuerzo de purificación interior y de superación que impone. El encuentro con nuestros hermanos sólo es posible con humildad y pobreza verdadera.

Por eso, debes esforzarte en superar los obstáculos que se te presentarán, como son, cierto pudor, pereza, falta de preparación o de disponibilidad y agresividades latentes...

Así vivirás el amor que «es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites» (I Cor. 13, 4-7).

Paciencia y realismo

42. Nuestras comunidades no son comunidades de «santos», sino *de pecadores perdonados*, siempre pecadores y siempre perdonados. Por eso, necesitas que se te ayude a entregarte más profundamente al servicio del Señor, a establecer tu vida en la verdad, libre de ilusiones. Cada día tienes que situarte tal como eres, frente al Señor que te espera, ama y perdona.

Dentro de la comunidad, nos encontramos con hermanos en situaciones diversas: o hacia una certeza capaz de comprometerlos, o en búsqueda de un equilibrio, o en crisis. La comunidad adulta sabe dejar a las personas el tiempo suficiente para su maduración, ayudándoles al máximo a preparar su compromiso o a volver a encontrarse en la fe. A veces, se da una impaciencia que estropea las cosas, al querer precipitar su solución; pero igualmente una debilidad exagerada hace que se prolonguen ciertas situaciones más de lo debido.

En esto, como en otras cosas, la amistad humana puede ayudar mucho a resolver las dificultades que plantea la vida diaria.

43. *La corrección fraterna*¹ viene exigida por toda vida comunitaria que quiera fundarse en la verdad: «Os exhortamos, hermanos, a que reprendáis a los indisciplinados, a que animéis a los de poco ánimo, a que asistáis a los débiles, a que tengáis paciencia con todos. Mirad que ninguno devuelva mal por mal, sino buscad

¹ "Tratad... de formar un solo corazón y una sola alma para contener a los que fallan. Es preciso forzarlos a volver al deber con mucha dulzura y caridad...." (Cartas y Escritos del Buen Padre, n. 929, 11 de marzo de 1824).

siempre el bien unos con otros y con todos» (I Tes. 5, 14-15; también Mt. 18, 15-17).

Debes aceptar con agradecimiento y sencillez las amonestaciones de los hermanos por tus faltas. A nadie agrada, de primeras, una corrección, más bien entristece. Sin embargo, más tarde produce, a los mismos que ha puesto a prueba, frutos de paz y justicia (Heb. 12, 11).

Si crees que debe corregir a uno de tus hermanos, hazlo siempre con amor, humildad y discreción. Incluso cuando alguno sea sorprendido en falta, corrígele con espíritu de amabilidad, vigilándote a ti mismo, pues tú también puedes ser tentado (Gal. 6, 1).

«Si alguno de vosotros se extravía de la verdad y alguien le vuelve al camino, sabed que el que endereza un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados» (Sant. 5, 19-20).

Formas de vida común

44. Para vivir una comunión intensa se requiere un *número bastante reducido* de personas. En la comunidad de comunión, la persona que de ordinario no se hace notar, se convierte en necesaria y se nota su ausencia. La comunión se facilita en un grupo más reducido; pero no por eso se hace más fácil la observancia. La responsabilidad recae más intensamente en cada uno.

45. Para vivir realmente las exigencias profundas de la comunión, la comunidad debe encontrar *formas concretas y flexibles, a las que hay que ser fiel*. Esta fidelidad implica una ascesis y el sacrificio de una espontaneidad individualista que haría imposible la vida en común. Por eso, cada comunidad, animada por un responsable debe asumir la tarea de organizar su propia convivencia fraterna, su oración, su comunidad de bienes y el trabajo apostólico de sus miembros.

El servicio de la autoridad en la comunidad

46. Tú, como Superior, recuerda que tu autoridad, a ejemplo de Cristo, debe ser un *humilde y paciente servicio* a tus hermanos: «Que el mayor de vosotros se haga como el más pequeño, y el que manda como el que sirve» (Lc. 22, 26). Por eso recibirás gustosamente a los hermanos cuando deseen verte y ejercerás tu servicio con comprensión: «Un poco de tolerancia sienta bien cuando se tiene autoridad» (P. Coudrin, 1822, Cartas y Escritos III, pág. 30, número 786).

47. Ante todo, debes servir a la *totalidad de los bienes espirituales de cada uno*. Sobre cada uno de nosotros Dios tiene su designio, al que cada uno debe corresponder. Te pondrás al servicio de tus hermanos para que éstos se pongan más enteramente al servicio del plan de Dios sobre ellos. Te darás a tus hermanos para que puedan realizar más plenamente el don de sí mismos a Dios y a los hombres. Por eso, tu esfuerzo debe tender a algo más que a la mera observancia material de las leyes. Intenta obtener de todos una adhesión interior. Sólo así les hará gratos a Dios.

48. Atento siempre a las personas, cuidarás de que *la caridad procure a los hermanos el gozo del amor mutuo* en el Señor. Este amor realizará en ellos el «misterio» de Cristo, y la comunidad, por su vida únicamente consagrada al reino de Dios, dará el testimonio de la victoria de Cristo sobre el mundo.

Las normas y prescripciones tienen como fin procurar al religioso y a la comunidad, ayuda y protección en el camino que conduce a la perfección de la caridad. Obra siempre de manera que la observancia no vaya en detrimento del amor fraterno.

49. Esfuérzate por ser *el guía y el animador* de la comunidad para conseguir una fidelidad más perfecta al ideal libremente escogido por todos. Tu misión consiste en conducir a la comunidad y a cada uno de sus miembros, a una comunión más profunda con la voluntad del Padre, tal como se expresa en la Regla, en las cualidades de cada uno y en los acontecimientos. Mantén con firmeza la cohesión de todos en la misma vida fraterna y la fidelidad a la llamada del Espíritu.

50. La paz, la eficacia y la alegría comunitarias dependen, en gran parte, de las *relaciones fraternas* que existen entre el Superior y los hermanos. Por eso tú, como responsable, respeta la personalidad de tus hermanos, confía en su madurez de adultos y en su espíritu de generosidad. Concede a todos la oportunidad de desarrollar sus cualidades personales y trátalos como a condiscípulos en la escuela del mismo divino Maestro.

En cuanto a ti, hermano, recuerda el consejo del Apóstol: «Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que se fatigan entre vosotros y os gobiernan en el Señor y os amonestan. Que los consideréis con mucho amor por su obra» (I Tes. 5, 12-13).

Diversos niveles de la comunidad

51. La comunidad a la que perteneces está compuesta, en primer lugar, por *los que te rodean*: los inmediatamente próximos con los que vives a diario. Lo mejor de tu existencia se verá así enlazado con algunos hermanos que son tus compañeros de ruta. Esta célula comunitaria que formas con ellos, debe permanecer abierta a la comunidad religiosa más amplia. El grupo local no se basta, ni desde el punto de vista del personal, ni en el plano de la organización, ni sobre todo a nivel del sentido profundo de tu vocación. Por tanto, debes buscar el camino que te integrará en la totalidad de la comunidad provincial y universal.

52. El hecho de *pertenecer a la comunidad provincial* se expresará de diversas maneras: revisión de vida hecha con la autoridad provincial, en un espíritu de búsqueda sincera, y reuniones en que se comunican experiencias y se intercambian puntos de vista para un mejor seguimiento de Cristo en común.

También serán importantes, para la consecución de la unidad, los actos y gestos, pequeños sin duda, pero significativos, de nuestra fraternidad en Cristo y de nuestra común vocación: la ayuda mutua entre las comunidades, la hospitalidad, las visitas, las muestras de interés por el trabajo de los demás y sus obras, el aliento y la confianza dados a las iniciativas, sobre todo si son nuevas y difíciles.

53. En un mundo que busca su unidad, que acorta distancias y aproxima a los hombres, no subestimarás el valor de la *comunidad internacional* en la que vivimos nuestra vocación común.

En sí misma, ya es un signo y expresión de esta fraternidad que buscan tan penosamente los hombres de hoy para superar las fronteras de razas y naciones y construir un universo más fraterno. Algunos han entregado su vida por esta causa.

Por otra parte, es una realización del Misterio de la Iglesia, en la que no hay ni griegos, ni judíos, ni esclavos ni hombres libres, donde Cristo viene a reunir a su Pueblo en el amor del Padre. Es el Reino ya iniciado, vivido, realizado sobre una tierra de pecado y de división.

Y, finalmente, es una llamada a tener un corazón universal y sin barreras, como el de Cristo abierto y dispuesto a comprender todo y a amar todo, en el que ningún interés lesiona los derechos de la justicia, donde ningún cálculo reduce los espacios inmensos de la caridad a las estrecheces de los pequeños egoísmos (Oración de Juan XXIII).

IV

«PERSEVERABAN EN PARTIR EL PAN Y EN LAS ORACIONES»

(Act. 2, 42)

La oración de Cristo y la nuestra

54. La oración tuvo un *lugar preferente en la vida del Señor*. Su existencia, tan llena de ocupaciones, no le impidió encontrar momentos consagrados exclusivamente al diálogo con el Padre.

Acudía fielmente a la liturgia oficial de la Sinagoga cada sábado y a la Pascua anual (Mt. 13, 54; 26, 54; 4, 23; 21, 12; 24, 1; 26, 1-5).

San Lucas nos dice que antes de las decisiones, o en los momentos importantes de su vida, como la elección de los apóstoles (Lc. 6, 12-16), la profesión de Pedro (Lc. 9, 18), la Transfiguración (Lc. 9, 20), la enseñanza del Padrenuestro (Lc. 11, 1), Cristo se dirige al padre. Cuando actúa, alaba su providencia, que escucha siempre su oración (Jn. 11, 41) o que revela su evangelio a los pequeños (Lc. 10, 21). Al término de duras jornadas de trabajo apostólico, se retira para dar gracias (Mc. 1, 35). Y después de los hechos en que brilla el poder y la bondad de Dios, da gracias al Padre (Mc. 6, 46).

Sabe reservarse largos momentos de recogimiento en lugares solitarios (montaña, orillas del mar, el desierto) y en horas de calma (la noche o el amanecer), particularmente ante la tentación o el miedo (Mc. 14, 32ss.; Lc. 9, 10; Lc. 21, 37; Mt. 14, 23; Mt. 26, 36; Lc. 3, 21; Lc. 21, 34-37).

Esta oración de Cristo es expresión y alimento de su disponibilidad total al Espíritu Santo que le guía día tras día, en el cumplimiento de la voluntad del Padre y le permite encontrar, como en Getsemaní, fuerza y ánimo para superar su tedio y su miedo (Lc. 22, 39-45).

55. *El Señor nos pide que oremos* y que oremos en su Nombre: «Lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn. 14, 13). Y el Padre nos escuchará en nombre de Cristo: «si pedís algo al Padre, en mi nombre os lo dará» (Jn. 16, 23-24).

Jesús nos enseña también con qué espíritu y actitudes debemos orar: con la insistencia de la viuda ante el juez inicuo (Lc. 18, 1-8; Mt. 7, 7-11); el desinterés del que no obra por ser visto por los hombres (Mt. 6, 5-6); la sinceridad del que no se contenta con la palabra de los labios (Mt. 6, 7-8; 7, 21); la humildad del que no se cree superior a nadie (Lc. 18, 9-14; Mt. 7, 1-5); la sencillez de corazón sin rencor (Mt. 6, 14; 18, 23-25); la confianza total en la providencia del Padre: «Todas las cosas que pidáis con fe en la oración, las obtendréis» (Mt. 21, 18-22; cf. también 6, 25-34; 7, 7-11).

Asimismo nos indica qué peticiones hemos de hacer al Señor. Ante el ruego explícito de uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar...», Cristo responde: «Vosotros rezad así: Padre Nuestro del cielo...» (Mt. 6, 9-13). Nos invita a rogar al dueño de la mies para que envíe obreros (Mt. 9, 36-38). El mismo ora para que la fe de Pedro no desfallezca (Lc. 22, 31-34). Y, finalmente, proclama que el don por excelencia, el Espíritu Santo, también lo obtendremos por la oración: «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc. 11, 13).

En definitiva, la pobreza espiritual es el ama de la oración: el grito de los pobres sube hasta los oídos de Dios (Job. 34, 28).

La primera comunidad cristiana era asidua a la oración (Act. 1, 14; 2, 42-46; 12, 5), cumpliéndose de este modo la promesa del Señor: «Os doy mi palabra de que si dos de vosotros unen sus voces en la tierra, cualquier cosa que pidan, se la dará mi Padre que está en los cielos» (Mt. 18, 19).

56. El ejemplo y la enseñanza de Cristo *son para ti una orientación y una invitación*. En la trama de tu vida diaria, que es toda entera encuentro con Dios a través de las personas y de los acontecimientos, debes saber reservarte momentos de diálogo con el Señor vivo y presente.

La oración te exige esfuerzo, compromiso personal y una respuesta consciente a la Palabra de Dios, pero aporta mucho más a tu vida. Si quieres guardar el sentido de los valores y permanecer en una fe viva y fuerte, necesitas situarte constantemente como hijo de Dios. La oración nos comunica una calidad interior que transforma nuestra acción en algo agradable al Señor.

La oración, también, reconforta, alienta y da paz, porque nos ayuda a tomar conciencia del amor del Padre, a no adelantarnos a los proyectos de la Providencia. En ella, se refuerza constantemente la sumisión gozosa en la fe.

Oración alimentada en la Palabra de Dios

57. Tu oración se *alimentará de la Palabra de Dios*. Si tu fe no se apoya en la Palabra, corre el peligro de basarse en una moral, en tradiciones o ritos. En ese caso, siempre será discutible y frágil. No resistirá las tensiones y presiones, y no será el testimonio luminoso que se esperaba (Heb. 4, 12-13)

Solamente en la Escritura, interpretada por la Tradición viva de la Iglesia encontrarás las convicciones de fe que deben mantener tensa tu acción en medio de los hombres. Pues únicamente la Palabra de Dios es la regla inmutable, la norma y la medida de nuestra acción. La «familiaridad» con la Escritura, su lectura habitual (D.V. 25) te darán esta visión de salvación según el corazón de Dios, que te abrirá a tus hermanos con lo mejor de ti mismo.

58. Así que, ya estés solo o en comunidad, *escucha la Palabra de Dios*, no como oyente olvidadizo, sino para ponerla activamente en práctica (Lc. 6, 46-49; Sant. 1, 19-25). Acógela, no como palabra de hombres, sino como lo que es realmente: la Palabra de Dios (I Tes. 2, 13). Es la lámpara que brilla en un lugar oscuro y lo ilumina (II Pe. 1, 19). «La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyuntura y tuétano. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Heb. 4, 12-13). Haz cuanto esté en tu mano para que la Palabra de Cristo resida abundantemente en tu vida y en la de tu comunidad (Col. 3, 16).

Oración común y oración individual

59. La seriedad de tu compromiso personal debe expresarse en la *oración comunitaria*. Nuestras comunidades deben ser comunidades de oración, no solamente de personas que rezan individualmente. Esto supone, por parte de todos, ascesis personal, disponibilidad de nuestro tiempo y comprensión inteligente de la liturgia. Se ha de buscar una oración que tenga en cuenta las posibilidades concretas de la comunidad y por la que se exprese verdaderamente su ser más profundo (Col. 4, 2; Sant. 5, 16-18; Ef. 6, 18).

60. La riqueza de la oración común depende, en gran parte, de la calidad de la *oración individual*. Sé rigurosamente fiel al diálogo con el Señor y a esos momentos diarios y semanales que dedicas a escuchar la Palabra de Dios.

Ciertamente, el tiempo de oración es en sí mismo relativo. Depende de la persona, de su situación, de su forma de sensibilidad y de los compromisos concretos que tenga. La oración puede variar de uno a otro en ritmo, formas, contenido y momentos. De acuerdo con tu comunidad, deberás encontrar tu manera propia de hacerla, con la ayuda de «el Espíritu que viene en auxilio de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. El que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios» (Rom. 8, 26-27).

La oración eucarística

61. La noche en que fue entregado, *Cristo instituyó el Sacramento eucarístico* de su Cuerpo y de su Sangre para perpetuar el sacrificio de la Cruz a lo largo de los siglos, hasta que venga, y además para confiar a la Iglesia el memorial de su muerte y de su resurrección: sacramento del amor, signo de la unidad, banquete pascual en el que Cristo es comido, el alma se llena de gracia y nos es dada la prenda de la gloria futura (S.C. 47).

La sagrada Eucaristía contiene todo el tesoro espiritual de la Iglesia, es decir, al mismo Cristo, nuestra Pascua, nuestro Pan vivo, cuya carne da la vida a los hombres, conduciéndolos e invitándoles a ofrecer en unión con él su propia vida, su propio trabajo y toda la creación.

62. La celebración eucarística es *la más elevada expresión de la oración comunitaria*. Es el signo de la Iglesia reunida en torno a Cristo y nos hace participar a su vez en la intimidad del Padre. Cristo mantiene en la unidad a los que, participando en su oblación por la comunión de su Cuerpo y de su Sangre, se acercan a él en la fe. La Eucaristía expresa la obediencia de los que la ofrecen, y en respuesta, Dios les abre el camino de una liberación y vida nuevas.

63. Por eso, *te esforzarás cada día por animar y enriquecer la celebración* de la Eucaristía con una participación siempre nueva y personal, que exprese las preocupaciones y esperanzas de tu comunidad, y las necesidades de tus hermanos. Cuida que la oración común se desenvuelva con dignidad, sencillez y fervor.

El sacramento permanente, signo y llamada a la fidelidad

64. Cristo está presente donde hay dos o tres reunidos en su nombre, cuando se lee en la Iglesia la Palabra de Dios, en la persona de sus ministros y en los sacramentos. Cada uno de estos medios tiene su papel propio en nuestra vida. Sin embargo, la Eucaristía nos entrega *la presencia de Cristo en plenitud*.

Después de la celebración donde cada célula de la Iglesia, reunida en torno a Cristo, renueva la alianza con su Señor y adquiere conciencia de su unidad mejor asegurada, la Asamblea, que fue su signo, se dispersa.

Pero el sacramento permanece en el centro de la comunidad: como recuerdo de la presencia permanente de Cristo en su Iglesia para mantenerla en la unidad, signo de la fidelidad de Dios a la alianza e invitación a responderle con una fidelidad análoga.

65. *Esta presencia te recuerda* además que Cristo, de pie ante el trono, como Cordero vivo y glorioso, que lleva la marca de su sacrificio, se ofrece a su Padre, le presenta la adoración agradecida de la creación rescatada, le suplica por los pecadores y le recuerda las necesidades de todos los hombres (Apoc. 7). En esto consiste su intercesión sacerdotal, a la que estamos invitados a participar.

A los que se adhieren a él, Cristo les transmite el Espíritu que les libera progresivamente, les une en el amor trinitario y les orienta hacia su propia participación en la salvación del mundo.

La adoración

66. Puedes orar en cualquier circunstancia o ambiente. Pero cuando te detienes *ante el sagrario*, el Señor ofrece a tu meditación todos los aspectos del Misterio que trata de realizar en nosotros y te invita a dar a tus relaciones con él toda la profundidad que la Eucaristía te ha enseñado a reconocer. La oración ante el sacramento permanente, te coloca frente a la realidad suprema.

Tu presencia física ante el sagrario tiene valor de signo. **Debe expresar una actitud espiritual que no se limita al tiempo que pasas ante el Sacramento, sino que te orienta hacia el Señor tan pronto como terminas tu tarea.**

67. El ejército de la adoración ha ocupado siempre *un lugar destacado en la tradición* de nuestra comunidad histórica, desde el principio.

A lo largo de la existencia del Instituto ha revestido una gran importancia en la formación y en la vida de nuestras comunidades. Siempre se ha considerado como una misión confiada a la Congregación por la Iglesia.

Cuando las circunstancias lo permitían, la adoración era perpetua y tenía un carácter de reparación de los pecados, que dificultan el Plan de Dios y son un obstáculo a su Amor.

68. La adoración lleva consigo valores que son parte importante de nuestra vocación.

Nos recuerda que, según el pensamiento de nuestro Fundador, toda nuestra vida está bajo el signo de la Eucaristía. Tiene el sentido de una intercesión constante,

de una presencia continua de la comunidad ante el Señor. Supone un sentido agudo del pecado, que existe en nosotros y en la Iglesia: desde el fondo de nuestra miseria intercedemos por nuestros hermanos como miembros de un mundo pecador.

Es expresión de amor hacia un Dios de amor y tiempo de contemplación personal en presencia del misterio de Jesús.

Es un momento de nuestra vida de apóstoles en que presentamos a Cristo las necesidades y la acción de gracias de cuantos nos rodean.

69. Por eso, cada comunidad, preocupada por guardar siempre viva en su vida la referencia al Señor y a su sacrificio, buscará las formas concretas que le permitan permanecer atenta a la presencia permanente del Señor en ella.

En cuanto sea posible, se colocará el Santísimo Sacramento donde habitualmente se vive, de forma que todos tengan fácil acceso a él.

En cuanto a ti, hermano, pasarás gustoso cada día, según tus posibilidades, algún tiempo delante del Sagrario, para contemplar el Misterio de Jesús, interceder en favor del mundo y de los hombres, sobre todo por los que se cruzan en tu camino.

V

DEJAR TODO PARA SEGUIR A CRISTO

(Lc. 9, 57-62)

SEGUIR A CRISTO

70. *Sólo existe una perfección evangélica*, y no hay jerarquías en el ideal que Dios propone a la libertad de los hombres. Todos son llamados a la santidad, todo bautizado debe llegar a la perfección.

La santidad, de suyo, no se da más en un estado de vida que en otro. Reside en el amor con que cada uno vive su estado, en el que Dios realiza la salvación según su misteriosa Providencia.

A los que quieren ser sus discípulos, Cristo propone en el Evangelio muchos consejos: la oración, la vigilancia, la constancia en las persecuciones, la hospitalidad, el amor a los enemigos y a los pobres, la lealtad de palabra y obra, la obediencia a la autoridad, la humildad, la castidad, la confianza en la providencia del Padre...

71. Todo cristiano queda por su bautismo configurado con Cristo y llamado a revestirse de sus sentimientos. Sin embargo, hay muchas maneras de vivir a Cristo e imitarle. Una de las que propone el Evangelio es: *dejar todo para seguir a Jesús*, como los apóstoles, los discípulos y las santas mujeres.

El atractivo ejercido por el Señor hace que se dejen los valores de ese mundo, buenos en sí, para vivir el Evangelio de un modo absoluto, que saca del estilo habitual de vivir y permite ser de Cristo a nivel de elecciones profundas y realidades fundamentales de la existencia humana: el trabajo, el amor y la libertad.

72. El religioso es *alguien que entiende el Evangelio como una llamada a dejar todo* y seguir a Cristo: bienes, empleo, familia, país, cultura... Su vocación es, de hecho, una invitación a dejar sus bienes y su situación adquirida; a vivir la vida afectiva bajo la forma de un amor gratuito y desinteresado, ofrecido a todos como el del Señor; a desarrollar su libertad en el ofrecimiento radical de la vida a una obra y a una comunidad de la Iglesia.

Por esto, la vocación religiosa está marcada por un cierto carácter profético y es uno de los signos del mundo futuro. La tensión escatológica, siempre presente en la Iglesia, se expresa aquí por un estilo y estado de vida que mantienen activa la espera del Reino en la vida cotidiana de los hombres y dan testimonio de que éste ya ha comenzado.

73. La motivación fundamental de semejante elección, vivida en lo absoluto de la fe, sólo se da en *una experiencia personal de la misma*. Tú has sentido en un momento dado que sólo podías vivir verdaderamente tu bautismo y servir a la Iglesia, respondiendo de esta manera total y radical. Has sido llamado a elegir un camino - uno entre otros, lo sabes bien- que te ha parecido la única forma posible para ti de responder fielmente a tu Señor. Te has convencido de que Dios se te impone y que vale la pena comprometerse en este camino.

74. La vida religiosa es *una de las formas de vida cristiana que responde a un don particular de Dios*. Significa una aportación original en la variedad de respuestas suscitadas por el Espíritu de Dios.

Dentro de esta única santidad que cultivan todos los conducidos por el Espíritu Santo, existen diversidad de dones y respuestas complementarias: «Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como a él le parece» (I Cor. 12, 3-7. 11).

75. La vida religiosa es también *una manera de vivir el bautismo* y de actualizar la Pascua en la Iglesia. Da testimonio de la búsqueda incesante de Dios y de la necesidad de tomar medios radicales para alcanzarlo. Ser religioso supone el compromiso profesado ante los hombres de preferir sólo a Jesucristo y estructurar la vida en consecuencia (P.C. 5). Dentro de la vocación bautismal, la vocación religiosa representa un tipo de vida cristiana que manifiesta lo esencial de la fe en Jesucristo, en su desprendimiento radical.

Implica una verdadera conversión de toda nuestra actividad intelectual, corporal, psíquica y espiritual. Este esfuerzo permanente nos une a la resurrección del Señor y es una forma de vivir la Pascua que testimonia lo absoluto de la fe en Jesucristo, en una criatura humana.

CRISTO TRASPASADO Y SU MADRE

76. La *profesión religiosa* quiere expresar la plenitud de la entrega de uno mismo a Dios. Es el paso adelante, libre, de una persona que se entrega totalmente a su Señor y a su Reino, planteando su existencia entera según el Evangelio y manifestando así su amor.

La profesión debe expresarse en la vida concreta. Los votos te comprometen en la conversión y oblación personal de lo que constituye una parte esencial de tu vida. De esta manera influye en tu conducta cotidiana.

Tu profesión no es una promesa solitaria hecha ante Dios solo, sino un acto público que te incorpora a una comunidad de la que aceptas, por el mismo hecho, su vocación y misión, sus cargas y obras apostólicas, su manera de vivir y su espíritu. Te integras a una comunidad de hermanos, con los que te comprometes a vivir el Evangelio de Jesucristo.

77. En el centro de tu vocación está el *misterio del siervo de Dios paciente*, «venido para servir y dar su vida en rescate por todos» (Mc. 10, 45). Encargado de reunir a Israel y de ser luz para las naciones, expuso su espalda a los que le golpeaban: «... sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores...» (Is. 53, 2-3).

«Un soldado le atravesó el costado con una lanza» (Jn. 19, 34), y fue traspasado por nuestros pecados (Is. 53, 5). «Al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un

hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo...» (Flp. 2, 7-10).

Esta escena única y tan densa es un signo dado a nuestra fe para que creamos (Jn 19, 35-37): «Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que tiene Dios por nosotros. Dios es amor...» (I Jn. 4, 16). En ninguna parte podemos reconocerlo con más claridad que en el Corazón abierto de Jesús de Nazaret, Hijo Único de Dios.

78. María se proclamó «*sierva del Señor*» en dos ocasiones: en la Anunciación (Lc. 1, 38) y en el canto del Magnificat (Lc 1, 48). Y lo es de la manera más íntimamente personal, puesto que, aportando a la salvación de los hombres la libertad de su fe y de su obediencia (L.G. 58), recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo (L.G. 53), y el Salvador, nacido de su propia carne, es el fruto de su seno: situación única que la hace bendita entre todas las mujeres y la felicitan por ello todas las generaciones (Lc. 1, 31, 42-48).

Su destino está, pues, indisolublemente unido en la historia, al destino y a la misión de su Hijo. Es la Madre de los hombres, de los creyentes en primer lugar. El corazón de la Virgen María está totalmente ordenado al de Cristo: por eso, nosotros los vemos juntos, los unimos en un mismo amor, y nos consagramos a ellos en un mismo acto. Esta consagración «que es el fundamento de nuestro Instituto» (P. Coudrin), compromete toda nuestra vida.

79. Si tú quieres servir, debes entrar, *a ejemplo de María, en el misterio de los padecimientos del Señor* y completar en tu carne «lo que falta a los sufrimientos de Cristo en bien de su cuerpo que es la Iglesia» (Col. 1, 24).

Ofrécete como víctima viva, santa, agradable a Dios (Rom. 12, 1), y tu vida entera quedará ofrecida a Dios, como una liturgia: tu fe (Flp. 2, 17), tu caridad fraterna (2 Cor. 9, 12 y Flp. 4, 18), tu pobreza, que es beneficencia y comunidad de bienes (Hb. 13, 16), tu castidad (Rom. 12, 1), tu predicación y tus fatigas apostólicas (Rom. 1, 19; 15, 15; 2 Cor. 2, 15) y tu misma muerte, que llegará a ser una «acción de gracias» (Tim. 4, 6). Este es el culto espiritual que Dios espera de ti.

80. Si quieres servir, debes *entrar, a ejemplo de María, en el misterio del amor del Señor*, penetrarte de él y vivirlo. «Que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento, y así con todo el pueblo de Dios, lograréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo lo que trasciende toda filosofía: el amor cristiano. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la Plenitud total de Dios» (Ef. 3, 17-19).

Entonces estarás capacitado para testimoniar y anunciar a tu alrededor el amor del padre, «que conforme a su mucha misericordia, nos ha regenerado para la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (I Pe. 1, 3). Tu vida y tu predicación podrán así despertar la fe en la fuerza redentora del amor y suscitar la obediencia a la voluntad del Señor.

SEGUIR A CRISTO EN SU OBEDIENCIA

81. Tu vocación se realiza en la obediencia. La insistencia creciente en los valores humanos de la libertad de juicio y de conducta, la necesidad más sentida de una adhesión lúcida, la difusión de la información, el descubrimiento de la justificación del diálogo, el alcance adquirido por las estructura de colegialidad en la vida de la Iglesia, son otros tantos factores que han puesto en *crisis profunda un determinado tipo de obediencia y de autoridad*, y se relaciona directamente con el estilo de vida de nuestra comunidad apostólica y nuestro ser religioso. Como Cristo, nosotros reparamos, esencialmente, por la obediencia.

Solo Dios merece ser obedecido

82. Hay varias convicciones de fe que debes tener siempre presentes para orientarte en la respuesta que cada día has de dar al Señor. Y la primera es, que sólo Dios merece ser obedecido. Porque sólo él es veraz, porque él solo es libre y capaz de imponerse respetando nuestra libertad, porque él solo es verdaderamente superior.

Por tanto:

- Todos están obligados a obedecer a Dios, todos están obligados a buscar y seguir su Voluntad. Todos, superiores y hermanos, están sometidos al Espíritu Santo y deben estar atentos a su voz, que se manifiesta a través de las Escrituras, los demás hombres, los acontecimientos y las circunstancias.

- Sólo se manda y se obedece por Dios. Una verdadera obediencia y autoridad sólo pueden estar fundadas y ser ejercidas en la fe. Cualquier otra motivación es insuficiente.

- La obediencia a Dios podría imponernos la desobediencia a los hombres, en el caso en que tuviéramos la certeza de que iban contra su voluntad (Act 5, 29).

La obediencia es el alma de la obra de Salvación

83. La obediencia *es fundamental en la obra de la salvación* realizada por Cristo. «Pues como por la desobediencia de un solo hombre resultaron pecadores los muchos, así también por la obediencia de uno solo han resultado justos los muchos» (Rom 5, 19). La obediencia de Cristo nos ha salvado. Él nos rescata por el sacrificio de su libertad, que llega hasta el sacrificio de su vida. Obedecer es, pues, entrar en el centro del misterio de Cristo (Rom 5, 12; 18, 19; Heb 5, 7-10; 10, 4 ss.; Lc. 2, 49; 5, 21; Mt. 20, 28; Flp. 2, 8).

«Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna, proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec» (Heb 5, 7-10).

84. Cristo *obedeció de una manera muy concreta* a los hombres, a sus padres, a las autoridades, a sus jueces, con una obediencia total y libre. Obedeció a los

acontecimientos que le dictaban su respuesta a Dios. Obedeció a las Escrituras, a las que se refirió constantemente y por las que justificó sus acciones y la necesidad de su muerte. Pero a través de todo esto, buscó siempre el Rostro del Padre y su Voluntad.

85. En Jesús, la obediencia va *unida al amor del Padre y a la salvación de los hombres*. Su sumisión es la de un Hijo que busca una comunión total: «Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día» (Jn 6, 38-39). Cristo es reparador del pecado, precisamente por su vida de obediencia filial. Desconocer su obediencia, es desfigurar a Cristo y su misión.

La obediencia pasa siempre por la comunidad

86. Dios salva a su Pueblo reuniéndolo. La obediencia nunca es algo individual, sino que tiene una dimensión y condicionamientos comunitarios. Sólo juntos tenemos la certeza de la verdad. La reflexión, el diálogo y la oración son, pues, indispensables para buscar la voluntad de Dios, en las circunstancias concretas y en la complejidad de las situaciones.

87. Esto implica *consecuencias para cada uno de nosotros*. La elección de vivir el Evangelio en comunidad, supone concretamente reconocer:

- Que las orientaciones que adopte la comunidad serán para ti la voluntad de Dios, las que determinen tu estilo de vida, tu situación concreta, tu trabajo, tu compromiso apostólico e incluso otras actividades concretas. Tu profesión religiosa fue el acto fundamental de tu obediencia.

- Que tus decisiones personales más importantes sean, en lo posible, probadas y valoradas por tu comunidad, que es la medida concreta de tu libertad.

- Que, incluso, tengas un diálogo habitual con el responsable, escogido por la comunidad para promover y guiar la vocación y la misión del conjunto y de las personas. En la búsqueda común de la voluntad de Dios, le pertenece tomar la decisión final, que tú aceptarás como expresión de lo que espera de ti el Señor.

- Que colabores activamente por tu parte, en preparar y hacer madurar las opciones de tu comunidad, para que las decisiones tomadas sean las más apropiadas a las circunstancias y aptas para unir y servir.

88. La mejor obediencia no consiste en una sumisión puramente pasiva, que con frecuencia es fruto del infantilismo, sino en un *compromiso personal*, es decir, en la entrega voluntaria y plenamente consciente a la voluntad divina. Mandar, en el sentido evangélico, no es, sobre todo, llevar a feliz término las obras emprendidas, sino unir más íntimamente los corazones en Dios. Por eso, la orden dada y la obediencia deben constituir un diálogo conjunto fundado en la confianza y respeto mutuos, a través del cual se busca en común la mejor solución de los problemas.

Todos participarán activamente y con un sentimiento de corresponsabilidad en la realización concreta de la vida común, en la administración financiera y en la orientación apostólica.

COMUNIDAD DE BIENES, POBREZA Y USO DE LAS CRIATURAS

El mundo y la pobreza

89. Cuanto más pobre seas según el Evangelio, más cerca estarás de Dios y de los hombres.

El mundo de hoy tiene *gran necesidad de nuestro testimonio de pobreza evangélica*. En marcha hacia su unificación, no obstante, se divide en naciones ricas y pobres, con desigualdades cada vez mayores. La búsqueda individualista del provecho y de la seguridad económica constituyen el principal obstáculo a la edificación de una sociedad más justa y solidaria.

90. La comunión con los pobres es *un signo de la verdadera Iglesia*. «Ante los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es y como quiere ser: la Iglesia de todos y particularmente de los pobres» (Mensaje de Juan XXIII, 11 de noviembre de 1962). Siempre que la Iglesia quiere reformarse, vuelve al Evangelio, y en este retorno a las fuentes encuentra el amor de los pobres y su acogida. Todo lo que ofrece un obstáculo a la entrada de los pobres en ella, debe ser denunciado y suprimido.

91. El voto de pobreza, es decir, la adopción voluntaria y entregada a Dios, de una condición material de pobreza, teniendo en cuenta su valor evangélico, se encuentra a veces *hoy menos comprendido*, porque parece estar en desacuerdo con el «gigantesco esfuerzo por el que los hombres, a lo largo de los siglos, se empeñan en mejorar las condiciones de vida» (G.S. 34, 1). El Concilio afirma que la colaboración de los cristianos debe ser incrementada sin cesar «por la aportación de toda clase de remedios contra las miserias de nuestro tiempo, tales como el hambre y las calamidades, la ignorancia y la pobreza, la escasez de la vivienda y la injusta distribución de las riquezas» (U.R. 12).

Cristo y la pobreza

92. La pobreza ocupa *en la Biblia un lugar considerable*. El Nuevo Testamento reconoce, incluso en los verdaderos pobres, a los herederos del Reino de Dios (Sant. 2, 5; Mt 5, 3; Lc 6, 20). Son hombres cuya situación efectiva de pobreza los lleva a esperar todo de Dios, y cuyas disposiciones interiores son tales que lo esperan todo de Él.

La pobreza así comprendida es una forma de la fe, abandonada, llena de confianza y cercana a la humildad.

Por el sentimiento de su indigencia y debilidad, los pobres se asemejan a los niños, y como a estos últimos, el Reino de Dios les pertenece (Lc 18, 15 ss.; Mt 19, 13-24).

93. *Cristo escogió para sí la pobreza y la vivió de formas diversas*: en la modesta holgura de un buen obrero que trabaja con sus manos; en la situación precaria de un grupo de predicadores caminantes que lleva una vida común estricta en la que la bolsa se

abastece principalmente de la limosna; en el desprendimiento y el abandono absoluto de quien no tiene donde reposar la cabeza (Mt 8, 20 y II Cor 8, 9).

94. Cristo *pone ante nuestros ojos el peligro de las riquezas*: No se puede servir a dos señores, la posesión de bienes corre el riesgo de hacernos esclavos y de provocar una insensibilidad social. Nos propone la dicha de la pobreza: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios» (Lc 6, 20), y exige de sus discípulos el desprendimiento total: «Si quieres ser perfecto, ve a vender lo que tienes...» (Mt 19, 21). Preocúpate, pues, de dar una respuesta definitiva a tu codicia, buscando el tesoro que no se apolilla y que no puede ser robado o perdido (Lc 12, 13-24; Mt 6, 19-21).

El sentido de la pobreza

95. La pobreza, en la Escritura, *se relaciona siempre con algún valor*: la libertad de la palabra, el amor, la misión, la confianza en la Providencia, la esperanza. Nunca es estimada en sí misma, no tiene valor en sí, sino que se la considera como condición de otra cosa.

Por eso, tú que quieres vivir la pobreza, no olvides situarla en el amor refiriéndola a la caridad. Sólo de esta manera pueden comprenderse y justificarse ciertos actos, algunos gastos, aparentemente contrarios a la pobreza, como el perfume de María Magdalena (Lc 7, 36).

La pobreza se presenta también como virtud de comunión, de acercamiento universal, mientras que la riqueza implica el riesgo de crear una distancia que llega a negar al otro como hermano y a romper la unidad de la familia humana (Lc 16, 19-31).

Así como la riqueza puede hacer creer al hombre que se basta a sí mismo, y puede hacerle perder el sentido de la actitud filial hacia el Padre, la pobreza le permite volverse hacia Dios y recibir día tras día de Él, el pan cotidiano, con esperanza y confianza en las manos de la Providencia (Lc 12, 22-31 y I Tim 6, 17-19).

Desprende el corazón de toda atadura y asegura al testimonio apostólico su libertad y su pureza. El apóstol que marcha «sin bolso y sin bastón» está totalmente dispuesto para la predicación del Mensaje, totalmente entregado a la misión y desinteresado. La pobreza conduce así a la disponibilidad y a la entrega total (Mt 8, 18-22; 10, 7-16. 37-39).

96. «Y todo el que deja su casa o hermanos o hermanas o padre o madre o hijos o tierras por causa de mi nombre, recibirá muchas veces más y ganará la vida eterna» (Mt 19, 29). La pobreza *es signo y recompensa*.

La pobreza es presupuesto indispensable del ofrecimiento de tu corazón a Dios, pues despega tu afecto de las cosas y posibilita una gozosa libertad de espíritu.

Implica una verdadera fecundidad, no tanto por la ayuda material que permite aportar y que puede ser pequeña, cuanto por el hecho de disociar tu responsabilidad del mundo de la riqueza y del lucro, y por ello, te conduce a la observancia de los dos grandes mandamientos de la Ley (II Cor 9, 5-14).

Finalmente, te recuerda la existencia de los bienes futuros y transforma al céntuplo tu vida y la de los demás.

Formas de la pobreza

97. Hoy más que nunca, la captación del testimonio de pobreza es esencial para este mundo cerrado por el orgullo de la riqueza a la esperanza de los bienes del Reino de Dios. Nuestra voluntad de dar testimonio ante el mundo lleva consigo *una búsqueda constante para vivir formas de pobreza que sean signos del Evangelio*, visibles al hombre de hoy, porque le afectan en lo que forma la trama de su vida diaria.

98. Se hará, pues, un esfuerzo por *un estilo de vida sencillo y sobrio*, que se contente con lo suficiente (I Tim 6, 6-10; II Cor 8, 13-15). Se intentará poner todo en común dentro de la comunidad en que se vive, y lograr un reparto equitativo con las demás comunidades, e incluso fuera de ellas, con otras obras sociales, en especial las que se refieren al desarrollo de los pueblos (Sant. 5, 1-6; Heb 13, 16; Act 2, 44-45). Se procurará una solidaridad tal que nos comprometa a dar en limosna una parte del presupuesto comunitario (Eclco 31, 1-11; 29, 8-13; I Tim 6, 17-19; II Cor 9, 5-14; Flp 4, 10-20). Y, por supuesto, se tendrá predilección por los pobres y hospitalidad para con todos, sin distinción (Sant. 2, 1-9).

99. *El trabajo* es nuestro primer medio de subsistencia y de acción caritativa. Por eso, según los talentos recibidos de Dios, la edad y la salud, cada uno pondrá en ello todas sus fuerzas. La pobreza de Cristo y de sus discípulos se vive en los ministerios puramente espirituales, lo mismo que en los demás servicios necesarios o útiles.

Sin embargo, es preciso estar dispuesto para trabajar sin remuneración cuando la caridad lo permite o lo sugiere (II Tes. 3, 11-12).

100. Debes *entregar a tu comunidad* la totalidad del fruto de tu trabajo. Poner lo mejor de ti mismo en tu tarea y renunciar a las ventajas personales que puedes obtener, adquiere un valor real de testimonio y de desprendimiento, cuando esto se hace con sencillez y sin reserva. Es también prueba de una solidaridad comunitaria y de un verdadero espíritu de familia.

Así como recibes de ella lo que es necesario para tu subsistencia, te comprometes también a usar de tus bienes en dependencia con la comunidad, para cumplir tu tarea apostólica. Debes sentirte personalmente responsable y participar en la gestión de los bienes comunes, para que se utilicen lo más evangélicamente posible (Lc 16, 9-13).

101. Es necesaria *una pobreza efectiva en la propiedad colectiva*. Las propiedades, los inmuebles y los bienes aparecen, a los ojos de muchos, como un mentís al ideal pretendido. Por esto, se impone una búsqueda para ver en qué medida son necesarios.

Ningún inmueble será retenido si no es útil, o previsto como útil para el apostolado, para las diversas actividades de la Congregación, y al servicio de la caridad con las personas, y en particular con los hermanos de edad avanzada. Se evitará conservar terrenos e inmuebles insuficientemente ocupados, construir casas

demasiado grandes, y se aceptará gustoso vivir en habitaciones modestas. A la hora de elegir y utilizar los medios de apostolado, se excluirá, por pobreza, todo lo que sepa a lujo u ostentación, así como los gastos no exigidos para el mantenimiento de las personas y las tareas a realizar.

EL CELIBATO POR CRISTO

102. En un mundo en que la dignidad del hombre está a menudo esclavizada por las malas inclinaciones de su corazón, en el que la persona con frecuencia está reducida a no ser más que un simple instrumento de relación, en el que la sexualidad está exacerbada y el vicio organizado, *el celibato vivido en profundidad puede recordar oportunamente* el papel del amor en el plan de Dios, el respeto debido a la persona en su integridad y el sentido cristiano del cuerpo.

103. El celibato consagrado es *una manera de vivir el amor de Dios* y de los hombres.

«Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados. Hermanos: Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (I Jn 4, 8-13).

104. *Cristo vivió su celibato* primero dentro de una familia muy unida, después en una comunidad itinerante, en compañía de gentes rudas y mujeres que le servían (Lc 8, 1-3).

Lo vivió con una plenitud extraordinaria, que ha llamado la atención durante todos los siglos. Nada en el Evangelio permite pensar en algún desequilibrio. Este carpintero recio, no es un hombre indiferente o desdeñoso. Ama a su madre y a los «suyos», llora ante la tumba de un amigo, tiene el don de comprender a los niños y experimenta hasta lo más profundo de su corazón la alegría, la tristeza, la admiración, la compasión, el temor, el tedio, la ira...

Dentro de las situaciones en que se encuentra, permanece intacta su capacidad de apertura, porque es un hombre libre.

105. Por la *ofrenda de su cuerpo*, Cristo realizó también su obediencia redentora al Padre. El cuerpo de Cristo se convierte en signo y sacramento del amor de Dios para con nosotros. Por eso mismo da a nuestros cuerpos lavados del pecado, la posibilidad de llegar a ser signo y sacramento de nuestro amor mutuo.

El celibato en la Escritura

106. El celibato en la Escritura se nos presenta como una *realidad misteriosa* (Mt 19, 11ss), destinada a ser vivida, más que comprendida o explicada. Va unido a una

experiencia personal de la fe, en la que uno descubre que el celibato es, de hecho, para él, la manera fiel de responder a Dios que llama.

107. Es un *don de Dios* (Mt 19, 11-12 y I Cor 7, 7): uno es llamado y el otro no, y no a todos es dado el comprenderlo. Si es un don, debe ser para todos nosotros fuente de alegría, de gratitud y de humildad, que se manifestarán en nuestra conducta hacia el mundo, las cosas y las personas.

108. Cuando la Escritura habla del celibato, *trata siempre del hombre nuevo*, de la vida nueva, de la nueva humanidad. Siempre es cuestión del amor de Cristo y de la disponibilidad para el Reino.

Nunca es considerado como indiferencia o desprecio del mundo, o simplemente por sí mismo; siempre se presenta como una forma absoluta de amar y servir. Es la expresión de una sensibilidad particular hacia el reino anunciado por Jesús, que lleva la justicia a los pobres, que existe allí donde la palabra de Dios es oída, y donde acaba el poder del demonio, del pecado y de la muerte sobre los hombres.

Por eso, el celibato tiene un valor eclesial, en cuanto que un hombre se entrega totalmente al servicio de la Iglesia y renuncia por ello a todo lo demás.

Tu respuesta

109. Este carisma es, pues, *la elección de una posibilidad cristiana entre otras* e implica inevitablemente el sacrificio de otros valores. Para testimoniar tu amor absoluto a Cristo y servir al reino de Dios, sacrificas la búsqueda de una relación complementaria y tu propia prolongación en los hijos, situándote «más allá de la carne y de la sangre».

Esta elección no implica una superioridad sobre el matrimonio, pero contiene en sí misma, la afirmación de su valor positivo y su necesidad para la humanidad y la Iglesia. Celibato y matrimonio son signos ambos, de modo diverso, de la unión de Cristo y de su Iglesia, y del amor que Dios tiene para con los hombres.

110. Es fácil comprender que *el celibato te caracteriza hasta en lo profundo de ti mismo*, en tu cuerpo, espíritu y corazón, y tu vida de relación fraterna. Es un compromiso de comunión con Dios y con tus hermanos que pone todas las fuerzas vivas de tu ser al servicio de Cristo y de la Iglesia, para abrirte al amor gratuito y universal.

Para ti, la única razón de hacer esto es Cristo. Por eso, sin el amor a Cristo personal y vivo tu celibato es algo vacío y pronto se hace insoportable. Sólo en Cristo es posible la entrega total, la disponibilidad y libertad auténticas. Y así, el celibato aparece como signo visible de la esperanza de los hombres.

111. Normalmente, tu celibato *te supondrá dificultades*: tendrás que lograr el dominio de tu cuerpo y aceptar una cierta soledad. Tu castidad nunca será un estado adquirido. Implica un «sí» que hay que pronunciar en la incertidumbre de cada día. Puede que sea la participación más profunda en la muerte y resurrección del Señor: en verdad morimos y resucitamos.

112. Acuérdate también de que el celibato no se puede vivir *sin oración*, ya que es un don concedido cada día al que hay que ser fiel, y un amor que requiere un diálogo habitual con Cristo. Oración y castidad se relacionan mutuamente. En uno como en otro caso, se da una actitud de escucha a Aquel que un día se reveló al mundo y se manifiesta hoy a nosotros. Sin oración es imposible mantener el celibato.

113. Tu celibato únicamente será testimonio en medio de los hombres, si va acompañado *de alegría y serenidad*. La castidad como testimonio vale más por la serenidad y la alegría que la iluminan, que por lo que es en sí. Si quieres que tu castidad irradie y sea verdaderamente signo, debe ser tranquila, equilibrada y madura. Por otra parte, lo que subraya la Escritura no es ante todo la renuncia, sino la alegría del que encuentra un tesoro y olvida todo lo demás.

114. *La comunidad* debe ser el ámbito de tu vida, trabajo y oración. Allí es donde pones, sin reserva, a disposición de tus hermanos, tu afecto y tu inteligencia, tu abnegación y tu habilidad. La castidad te ayudará a construir la comunidad en el más profundo y puro amor fraterno. En ella podrás realizar el encuentro personal y hallarás comprensión y apoyo, intercambio y comunión. Tu trabajo, oración y ministerio recogerán tu capacidad de amar y la orientarán hacia un servicio cada vez más fiel a Cristo y su Reino.

115. Como la Iglesia, *María* pertenece a Cristo y solamente a Él. Ya aquí abajo realizó plenamente su total adhesión a Dios. Ella te da, con su vida, el ejemplo de una suprema posibilidad cristiana «porque sobresale entre los humildes y pobres del Señor que de Él esperan, con confianza, la salvación» (L.G. 55). Su intercesión te ayudará a relacionarte más íntimamente con el Señor y a poner a su servicio todas las fuerzas vivas de tu ser.

PERFIL DEL P. COUDRIN

Hermano:

Al término de esta Regla, que quiere indicarte las actitudes y los valores evangélicos que debes incorporar a tu vida, considera con gratitud al hombre que Dios escogió para hacer nacer en su Iglesia la Comunidad a la que has vinculado tu existencia.

La vida del P. José María Coudrin es un modelo de lo que se pide de ti. La respuesta que él dio a Dios puede ser para ti una enseñanza, aun cuando las circunstancias y el lenguaje de hoy sean distintos de los de su época. A través de algunos rasgos de una vida tan densa, podrás ver realizado su ideal, que es el tuyo.

El pastor

El P. Coudrin fue ordenado sacerdote en marzo de 1792. La crisis religiosa de la Revolución Francesa ya se había transformado en cisma; la mayoría de los obispos habían huido al extranjero y la mayor parte de los sacerdotes contrarios al juramento constitucional se preparaban para marchar o ya estaban lejos de su comunidad.

Él decidió quedarse para no abandonar a los fieles: decisión valiente a ejemplo del Buen Pastor que no abandona a sus ovejas.

Esta actitud de servicio directo de las almas, a la que alienta un celo ardiente por la venida del Reino de Dios, marca su personalidad de una manera tan profunda y definitiva que puede verse en ella, un rasgo típico que le define.

No es teólogo, ni autor espiritual, ni canonista en el sentido en que entendemos hoy estas palabras. El P. Coudrin es ante todo un pastor. Durante los acontecimientos del Terror, se mantiene con riesgo de su vida, al servicio de todos sin distinción, sin mezclar con las consideraciones de las personas la fe en Nuestro Señor Jesucristo glorificado (Sant. 2, 1): ayuda a los pobres, a los campesinos, a los nobles encarcelados, a los sacerdotes arrepentidos de su juramento cismático, o simplemente a aquellos que tienen miedo de salir de su escondrijo. Durante toda su vida consagra lo mejor de su tiempo al gobierno de diversas diócesis como Vicario general, y a atender a los fieles en el confesionario o por la predicación de la palabra de Dios.

Su Congregación es como una prolongación de su celo: no sólo la pone al servicio de las más urgentes necesidades de la Iglesia de Francia, como la enseñanza, la formación del clero, la evangelización del campo, sino que promueve, en cuanto le es posible, la difusión de la fe cristiana entre los infieles, enviando a las misiones lejanas de Oceanía Oriental, del Oriente y de las tribus indígenas de la América del Norte, a sus más valientes discípulos.

Al principio de su ministerio había tenido la visión de la evangelización de las islas remotas. Murió bendiciendo a sus misioneros.

El fundador

Saliendo del granero de la Motte d'Usseau el 20 de octubre de 1792, el joven sacerdote Coudrin se prosterna al pie de una encina próxima y **se resigna a la**

muerte: «Me había hecho sacerdote con la intención de sufrir todo, de santificarme por Dios, y, si hacía falta, de morir por su servicio.»

Tiene la certeza de ser *objeto de un misterioso designio de Dios*, que le destina a fundar una nueva familia religiosa formada por una rama de hombres y otra de mujeres, que se complementarán en la misión de la Congregación.

Esta profunda convicción le anima durante el Terror y le mantiene siempre atento al momento escogido por Dios. Se considera como instrumento de la voluntad divina; se esfuerza por leer los signos de la Providencia en los acontecimientos y circunstancias, y tiene una gran preocupación por no anticiparse a los designios del Señor. Su punto de referencia en todas sus empresas es siempre la voluntad divina.

Su vida agitada es lo contrario de una vida sin historia y tranquila; es una vida ininterrumpida de combates, de contrariedades, de dificultades renovadas sin cesar, de pesares, de preocupaciones.

Ve su Comunidad bajo el signo de la cruz: «Somos los hijos del Corazón herido de nuestro Buen Maestro; es muy justo que nosotros participemos en él con una pequeña parte». Su fundación lleva el sello de las obras de Dios, que quiere que la salvación venga por la cruz de Cristo y que las almas se salven por la participación en los sufrimientos del Redentor.

Desde 1793, la dirección espiritual le pone en contacto con las primeras personas que recibieron la vocación de realizar el designio providencial. A éstas las agrupó el año siguiente, dentro del marco de la Asociación del Sagrado Corazón, fundada poco antes en Poitiers.

La devoción a los Sagrados Corazones fue para la nueva comunidad el medio de comunión en los grandes valores evangélicos. El Corazón de Cristo era para esta comunidad la gran manifestación del Amor misericordioso y todopoderoso de Dios. Como respuesta al amor de Dios, era necesario adoptar con el Corazón de Cristo, en Él y por Él, la actitud del Siervo de Yahvé y entrar en la obra redentora, reparando así el pecado de la humanidad.

Al presentarse el Corazón de María como inseparable de Cristo, en la manifestación del amor de Dios y en la realización de la obra de redención, era preciso pasar por María para entrar en la obra de Cristo.

Desde el comienzo, la Comunidad se centra en la Eucaristía. El Fundador, que recibió su vocación en el transcurso de largas horas de adoración en el granero de la Motte y que durante mucho tiempo llevó sobre sí el Santísimo Sacramento en lo más duro de la persecución, transmite a su Comunidad esta manera de orar, de la que la Madre Enriqueta Aymer de la Chevalerie se convierte en seguida en ejemplo vivo.

La comunión en estos valores crea una estrecha fraternidad, que realiza el deseo tan frecuentemente expresado por el P. Coudrin: no formar sino un corazón y una sola alma. La estima mutua, el respeto, el servicio fraterno en la sencillez de una familia, constituyen los lazos que unen hermanos y hermanas en la gracia y en la paz del Reino. El Fundador en nada insiste tanto como en «la unión en los Sagrados Corazones».

La comunidad toda entera, en la complementariedad de las diversas vocaciones se esforzaba por imitar y reproducir lo que entonces se llamaba las «cuatro edades»

del Señor. Cada uno, en su trabajo diario, intentaba hacer visible el centro de toda Redención.

El Superior

El P. Coudrin jamás se sintió «propietario» de su comunidad. Ve con mucha claridad que su obra no es suya; uno de los nombres que emplea con más frecuencia para designarla es: «la Obra de Dios». La fundación, su crecimiento, el desarrollo del Instituto se le aparecen como la acción, a veces milagrosa, de la Providencia de Dios, que manifiesta su amor de mil maneras.

Siente la necesidad de integrarse en la Comunidad, sin buscar en la autoridad un pretexto para situarse por encima de ella. Le horroriza que se le llame «Reverendo», y el único título que acepta es el de «Padre», porque expresa una relación de afecto y una responsabilidad con respecto a sus hermanos.

Ejerce su autoridad con un agudo sentido de las personas, y sabe que no tiene el monopolio de las ideas. Reconoce el carisma de profecía de la Buena Madre, no sin antes haberla puesto primeramente a prueba.

Gestiona su obra como un buen guía, teniendo la preocupación de no malgastar las fuerzas jóvenes que el Señor le envía: «Ahorrar la salud». Estimula, alienta, reprende con discreción; comprensivo y lleno de ternura para con las personas, no deja de decir por eso la verdad, por dura que sea, cuando es necesario. Nadie fue más abierto a la colaboración y al diálogo que él. Frecuentemente pide el parecer, tanto de los superiores como de los hermanos.

Por otro lado, sigue y controla día a día, la marcha de las casas y el comportamiento de las personas: «Tenedme al corriente»... «Sed puntual en escribirme». El fervor de las almas, la libertad de las conciencias, todo, así como la salud de los cuerpos, es objeto de sus preocupaciones. No limita sus atenciones sólo a los religiosos, sino que las extiende a sus familias, particularmente a los padres. Continuamente recuerda las normas fundamentales y la necesidad de mantener el espíritu de la Congregación.

Ausente a menudo de las Casas, está presente en todas las comunidades por su correspondencia, breve, precisa, esclarecedora, por su corazón y sobre todo por su espíritu, que mantiene la cohesión, la unidad de miras y de acción.

Porque se sabe el representante de Dios, lleva en todo una gran tranquilidad de espíritu, una fe en la Providencia, una rectitud de intención y de mirada, una naturalidad y una sencillez de procedimientos, al mismo tiempo que la energía de un conductor de hombres. Es siempre realista, con un realismo hecho de disposiciones naturales y de confianza en Dios, fundado en la caridad de Cristo y en la convicción de hacer la «Obra de Dios». Si hay alguna cosa que el P. Coudrin ignora, es verdaderamente, la diplomacia, que se sirve de las personas y busca caminos tortuosos para llegar a sus fines. Siempre es claro en todo. Se sabe lo que piensa y lo que quiere, y lo propone con firmeza, pero dejando a cada uno su propia responsabilidad.

Durante su gobierno, que duró 37 años, todos sintieron siempre que era verdaderamente el «Buen Padre».

*«Mirad, hermanos,
no haya jamás en ninguno de vosotros
un corazón malo,
tan incrédulo como para apartarse del Dios vivo.*

*Animaos unos a otros todos los días,
mientras suena este HOY,
para que ninguno de vosotros se endurezca
en el engaño del pecado.*

*Pues nos hemos hecho partícipes de Cristo,
si conservamos con firmeza hasta el fin,
la confianza del principio.»*

Heb. 3, 12-14

DOCUMENTO FUNDAMENTAL DEL TIEMPO DE LA FUNDACION ¹

- 1.** El fin de nuestro Instituto es: 1.º Imitar las cuatro edades de Nuestro Señor Jesucristo, a saber, su infancia, su vida oculta, su vida evangélica y su vida crucificada. 2.º Propagar la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
- 2.** A fin de imitar la infancia de Nuestro Señor Jesucristo, abrimos escuelas gratuitas para enseñanza de los niños pobres de ambos sexos. Tenemos, además, colegios, en los cuales nos imponemos el deber de admitir gratuitamente cierto número de niños pobres, según lo permitieren los recursos de cada casa.
Además los hermanos, preparan con especial cuidado a los jóvenes que siguen la carrera eclesiástica para las funciones del santo ministerio.
- 3.** Todos los miembros de nuestra Congregación se esfuerzan en imitar la vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo reparando, con la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, las injurias hechas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por los innumerables crímenes de los pecadores.
- 4.** Imitan los hermanos la vida evangélica de Nuestro Señor Jesucristo, por medio de la predicación del Evangelio y por las Misiones.
- 5.** Cada uno, en cuanto le sea posible, está obligado a imitar la vida crucificada de Nuestro Salvador, mediante el celoso y a la vez prudente ejercicio de la mortificación cristiana, principalmente con la represión de los sentidos.
- 6.** Finalmente nos proponemos dedicarnos con todo empeño a la propagación de la verdadera y legítima devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al dulcísimo Corazón de María, conforme ha sido aprobada y establecida por la Sede Apostólica.
- 7.** Nuestra Congregación goza del patrocinio especial de San José, esposo de la Bienaventurada Virgen María; y venera como protectores particulares a los santos Pacomio, Agustín, Bernardo y Domingo.
- 8.** La Regla de San Benito sirve de fundamento a nuestra Regla. Vivimos en comunidad y prácticas regulares bajo la obediencia del Superior General de toda la Congregación, de la Superiora General de las Hermanas, del Superior o de la Superiora de cada casa particular, como abajo se dirá. Los Hermanos y las Hermanas hacen votos perpetuos de pobreza, de castidad y de obediencia.

¹ Del "Ceremonial, reglas, constituciones y estatutos de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar." (Edición de 1826.)

INDICE DE MATERIAS

Acuérdate de Jesucrito (1-5)

I. Sal de la tierra y luz del mundo

Nuestra presencia en el mundo:

- tomar conciencia de un hecho (6)
- todos estamos comprometidos y somos responsables (7)
- discierne los signos de los tiempos (8)

Una nueva era:

- una nueva era (9)
- el mundo de la grandeza del hombre y del progreso (10)
- corresponde el designio de Dios (11)
- contradicciones y desequilibrios (12)
- muchos «contestan» (13)

Repercusiones en la vida cristiana:

- las condiciones nuevas repercuten evidentemente en la vida cristiana (14)
- algunos parecen perder su confianza en la Iglesia (15)

Renovarse continuamente en la fidelidad:

- convertirnos continuamente (16)
- renovarte espiritualmente (17)
- diálogo entre todos y el trabajo en común (18)
- fidelidad a la intuición del Fundador (19)
- el mundo de hoy tiene necesidad del testimonio (20)

II. «Id y haced discípulos de todos los pueblos»

Misión de la Iglesia:

- la Iglesia tiene como misión (21)
- la Iglesia se presenta dividida ante los pueblos (22)

Una comunidad apostólica:

- esencialmente de vida apostólica (23)
- el P. Coudrin, un modelo para nosotros (24)
- nuestra historia como Congregación (25)
- el dinamismo apostólico configura nuestra existencia (26)
- el apostolado señala profundamente a la comunidad (27)
- otras consecuencias (28)

La acción apostólica:

- cree en el valor de la acción en sí misma (29)
- actúa por Cristo y su Evangelio buscando sólo el Reino de Dios (30)
- que el apostolado alimente tu oración (31)

III. «Todos los días perseveraban unánimes... con alegría y sencillez de corazón»

Comunión verdadera en la caridad:

- una comunión (32)
- une a las personas desde dentro de su ser (33)
- el Evangelio es la gran regla de todos y cada uno (34)
- en la unidad de la paz (35)
- preocupación concreta por las personas (36)
- los encargados de atender a las necesidades materiales (37)

Unidad en la diversidad:

- el respeto de los carismas (38)
- cada uno de sus miembros, un don de Dios (39)
- la comunidad se complacerá en reunirse con frecuencia (40)
- el diálogo en comunidad no es nada fácil (41)

Paciencia y realismo:

- pecadores, perdonados (42)
- la corrección fraterna (43)

Formas de vida común:

- un número bastante reducido (44)
- formas concretas y flexibles (45)

El servicio de la autoridad en la comunidad:

- humilde y paciente servicio (46)
- servir a la totalidad de los bienes espirituales de cada uno (47)
- cuidado de que la caridad procure a los hermanos el gozo del amor mutuo (48)
- el guía y el animador (49)
- relaciones fraternas entre el superior y los hermanos (50)

Diversos niveles de la comunidad:

- los que te rodean (51)
- la comunidad provincial (52)
- la comunidad internacional (53)

IV. «Perseveraban en partir el pan y en las oraciones»

La oración de Cristo y la nuestra:

- la oración tuvo un lugar preferente en la vida del Señor (54)
- el Señor nos pide que oremos (55)
- una orientación y una invitación para ti (56)

Oración alimentada en la Palabra de Dios:

- tu oración se alimentará en la Palabra de Dios (57)
- escucha la Palabra de Dios (58)

Oración común y oración individual:

- la oración comunitaria (59)
- la oración individual (60)

La oración eucarística:

- Cristo instituyó el sacramento eucarístico (61)
- la más elevada expresión de la oración comunitaria (62)
- te esforzarás cada día por animar y enriquecer la celebración (63)

El sacramento permanente, signo y llamada a la fidelidad:

- presencia de Cristo en plenitud (64)
- esta presencia te recuerda (65)

La adoración:

- ante el sagrario (66)
- un lugar destacado en la tradición de nuestra comunidad (67)
- valores importantes de nuestra vocación (68)
- siempre viva la referencia al Señor (69)

V. Dejar todo para seguir a Cristo

Seguir a Cristo:

- sólo existe una perfección evangélica (70)
- dejar todo para seguir a Jesús (71)
- alguien que entiende el Evangelio como una llamada (72)
- una experiencia personal de fe (73)
- una de las formas de vida cristiana (74)
- una manera de vivir el Bautismo (75)

Cristo traspasado y su Madre:

- la profesión religiosa (76)
- el misterio del Siervo de Dios paciente (77)
- María, «sierva del Señor» (78)
- a ejemplo de María, en el Misterio de los padecimientos del Señor (79)
- a ejemplo de María, en el Misterio del amor del Señor (80)

Seguir a Cristo en su obediencia:

- crisis profunda de un cierto tipo de obediencia y autoridad (81)
- sólo Dios merece ser obedecido (82)
- la obediencia es el alma de la obra de la salvación:
 - es fundamental en la obra de la salvación (83)
 - la obediencia de Cristo (84)
 - unida al amor del Padre y a la salvación de los hombres (85)
- la obediencia pasa siempre por la comunidad:
 - una dimensión y condicionamientos comunitarios (86)
 - consecuencias para cada uno de nosotros (87)
 - compromiso personal (88)

Comunidad de bienes, pobreza y uso de las criaturas:

- el mundo y la pobreza:
 - necesidad de nuestro testimonio de pobreza (89)
 - signo de la verdadera Iglesia (90)
 - a veces, hoy, menos comprendido (91)
- Cristo y la pobreza:
 - en la Biblia, ocupa un lugar considerable (92)
 - Cristo escogió para sí la pobreza (93)
 - el peligro de las riquezas (94)
- el sentido de la pobreza:
 - siempre en relación con algún valor (95)
 - signo y recompensa (96)
- formas de la pobreza:
 - formas de pobreza que sean signo (97)
 - estilo de vida sencillo y sobrio (98)
 - el trabajo (99)
 - entregar a tu comunidad (100)
 - pobreza en la propiedad colectiva (101)

El celibato por Cristo:

- el celibato:
 - como testimonio (102)
 - como amor (103)
- Cristo vivió su celibato:
 - en plenitud (104)
 - por la ofrenda de su cuerpo (105)

- el celibato en la Escritura:
 - realidad misteriosa (106)
 - don de Dios (107)
 - trata siempre del hombre nuevo (108)
- tu respuesta:
 - una posibilidad cristiana entre otras (109)
 - te alcanza hasta lo profundo de ti mismo (110)
 - te supondrá dificultades (111)
 - celibato y oración (112)
 - celibato en la alegría y serenidad (113)
 - celibato en la comunidad (114)
- María Virgen (115)

Perfil del P. Coudrin

El pastor

El fundador:

- objeto de un misterioso designio de Dios
- la devoción a los Sagrados Corazones en la nueva Comunidad

El Superior

Documento fundamental del tiempo de la fundación

N. del T. Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados de la versión castellana adoptada por la Edición Oficial Litúrgica aprobada por la Comisión conjunta del CELAM y la Conferencia Episcopal Española.
 Los restantes textos que no aparecen allí (I Cor 3, 11; II Tes. 3, 1; Mt. 18, 20; I Tes. 5, 14-15; Lc. 22, 26; I Tes. 5, 12-13; Act. 2, 42; Mt. 21, 18-22; 18, 19; I Jn. 4, 16; Rom. 5, 19; Mt. 19, 21. 29 y Heb. 3, 12-14), han sido tomados de "Nuevo Testamento" de J.M. Valverde, editado por Ediciones Cristiandad.

SUPLEMENTO A LA REGLA DE VIDA

Para ayudar a los que quieran meditar la *Regla de Vida* o tengan que explicarla, proponemos como suplemento lo siguiente:

1. Una selección de textos del *Antiguo Testamento*, a propósito de los temas más importantes. La *Regla de Vida* es ya rica en textos del *Nuevo Testamento*. Los textos indicados a continuación permitirán profundizar más el sentido de nuestra vocación.
2. Un índice comparativo entre la *Regla de Vida* y el *Cuaderno de Espiritualidad, número 10*. Nuestra Regla ha sido escrita con fidelidad a los valores evangélicos vividos por la comunidad primitiva, y nuestra renovación quiere permanecer fiel a la intuición del Fundador.

Este índice hará ver la profunda concordancia que existe entre los temas principales de la *Regla de Vida* y el *Cuaderno de Espiritualidad, número 10*, que lleva por título: «Algunos rasgos de la fisonomía espiritual del Buen Padre y la comunidad primitivas.»

ALGUNOS TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO PARA AYUDAR EN LA MEDITACIÓN DE CIERTOS PUNTOS DE LA REGLA DE VIDA

Prólogo.

- N.º 3. *Testimonio*: Is. XLIII, 8-13; XLIV, 6-8; LV, 3-5.
- N.º 4. *Bajo la acción del Espíritu*: Is. LIX, 21; LXIII, 7-19; Ez. XXXIX, 26-29.
- N.º 5. *Fortaleza en la debilidad*: Dt. VIII, 17-18. Jc. VII, 2. I Sam. XVI, 7. Ps. XXXIII, 16 sts.; XLI, 10; CVII, 40-41; CXIII, 7-9. Is. XXX, 15-18.

Cap. I

- N.º 11 *Designio de Dios*. Gen. XII, 1-5; I, 28-31. Is. II, 1-5; V, 19; XIV, 27; XIX, 17; XXVIII, 29; XLIV, 28; XLVI, 10; XLVIII, 14; LIII, 10. Jer. XXIII, 18-22. Ez. XVI, 1-63. Miq. IV, 11-12.
- N.º 11 *Esperanzas*: Ps. IX, 19. Is. XL-LV. Jer. XXIX, 11; XXX-XXXIII; XIV, 8; XVII, 13 sts.
- N.º 16-17. *Conversión*:
Nueva creación: Is. XLI, 17-20; XLV, 7-8; XLVIII, 6-11.
Buscar a Dios: Am. V, 14-15.
Corazón nuevo: Ez. XI, 19; XVIII, 31-32; XXXVI, 25-27.

Cambio-Penitencia: Ps. LI, Sab. VII, 27. Is. I, 16-20; XLIV, 22; LI, 7. Miq. VI, 8; Soph. II, 3; III, 12-13; Jer. III, 11-13; IV, 1-4; XVI, 19-21; XXXI, 18-22; XXXVI, 3.

N.º 20. Cf. N.º 3.

Cap. II

N.º 23. *Misión:* Prov. IX, 1-6; Is. II, 1-5; XLII, 6-9; 18-25; XLIII, 10-13; XLIV, 8; XLV, 20-25; XLIX, 5-6; LVI, 3-8; LX, LXI. Mal. III, 1-5; *Palabras:* Ps. CVII, 20; CXLVII, 15. Sab. IX, 17; XVIII, 14-15. Is. LV, 10-11.

N.º 26-27. Cf. N.º 23.

N.º 29. *Juicio según las obras:* Ps. LXIX. Job. XXII, 6-30. Si. VII, 35-36. Is. XXIX, 13-14; LVIII, 6-12. Amós V, 21-27. Cf. N.º 11.

Cap. III

N.º 33. *Comunión:* Deut. XXII, 1-4; XXIII, 20; XXIV, 17-22. Num. I, 16-19; XX, 6-11. I Chron. XIII, 2-4; XV, 3-10.

N.º 34. *La Palabra en el centro de la vida del Pueblo:* Ps. CXIX, 9, 17, 42, 74, 81, 101, 105; CXXX, 5. Deut. VI, 3-9. Is. LI, 1-8. Jer. XI, 3-6.

N.º 35. *Unidad en la fidelidad a la Alianza:* Ex. XIX, 6-8; XXIV, 3. Is. LI, 1-8. II, 22.
La paz de la Alianza: Lev. XXVI, 1-13. Ps. XXXVII, 11, 37. Prov. III, 1-4. Jer. XXIX, 11; XXIII, 9. Ez, XXXVII, 26.

N.º 36. *El prójimo:* Exodo, XXII, 26. Job. XXI, 16-23. Is. LVIII, 6-12, Os. IV, 2; VI, 6. Miq. VI, 8.

N.º 42. *El perdón:* Sab. XII, 19-22. Sir. XXVII, 3; XXVIII, 7

N.º 43. *Corección:* Lev. XIX, 17. Deut, XIX, 15.

Cap. IV

N.º 54-56-57. *Oración de Cristo:* (Cfr. todo el salterio)

N.º 57-58. *Escuchar la Palabra:* Deut. VI, 3-9. Ps. cf. N.º 34. Is. I, 10. Jer. XI, 3-6.

N.º 59. *Oración común y personal:* Ps. V, 8; XXVIII, 2; XLIV; XLVII, 10; LXXIV; LXXVII; XLII, 5; CXX-CXXXIV.

Cap.V

N.º 69 *Santidad del Pueblo:* Ex. XIII, 21-32; XIV, 19-20; XIX, 5-6; XXXIII, 12-17. Lev. XIX, 2; XXII, 31-33. Deut. I, 30-33; VII, 1-6 X, 17. Neh. IX, 5-37. Sab. XVII, 20; XVIII, 4. Is. XXVIII, 16; XLIII, 20-21. Ez. I, 1-28. Os. I, 6-9; II, 25; XI, 9. Dan. VII, 18-22.

N.º 70-71. *Purificación:* Ex. XIX, 10-15. Lev. XVII, 11; XIX, 2; XX, 26-27. Deut. VI, 4-9. Ps. LI. Is. I, 4-20; IV, 2-6.

N.º 78. *Sacrificio:* Ex. XIX, 6. Os. VI, 6.

N.º 83. *Obediencia:* Gen. XII, 1-4; XV; XXII, 1-16. Ex. XIX, 4-5; XXIV, 3-4. Deut. XXI, 18-21.

N.º 84. *Obediencia de Cristo:* I Sam. XV, 22-23. Ps. XL, 7-18. Is. L, 4-5. Jer. XXXI, 31-34.

N.º 94. *Pobreza:* Ex, III, 7. Judith VIII, XVII, 21-23. Tob. III-IV. Job. XLII, 1-6. Ps. XXXVII, 11; LXXIV. Sab. II, 10; III; V, 15-16; VII, 7-14. Sir. V, 1-3; X, 29; XI, 6; XVIII, 24-25. Is. XI, 4; XXVI, 4-6; XLI, 8-16; LXVI, 1-2. Jer. XV, 10-21; XVII, 12-18; XX, 7-18. Soph. III, 11-13.

INDICE COMPARATIVO

En el Índice, las cifras en *carácter «negrita»* hacen referencia a los números de la *Regla de Vida*; los demás al *Cuaderno de Espiritualidad, número 10*.

Adoración **64 a 69** (cf. Eucaristía). 204, 287, 292, 298, 354, 355, 364, 365, 367, 386, 388, 389, 402, 414, 417; «Comunidad centrada en la Eucaristía»: 429 a 472, 519, 545, 555, 604.

Alegria **7, 20, 35, 36, 41, 43, 50, 56, 104, 107, 113**. 98 (107), 148, 155 (172), 206, 320, 406, 408, 409, 477, 483 (532), (533), 557, 559, 562 (578).

Amor misericordioso **17, 19, 25, 48, 55, 67, 68, 77, 80, 103**. 64, 97, 108, 111, 126, 137, 198, 287, 349.

Amor redentor **2, 21, 23, 24, 25, 80, 85, 105**. 128, 129, 325 a 374, 375 a 403, 415.

Apostolado **6, 23, 26, 29, 30, 31, 80, 95, 21 a 31**. 63, 78, 88, 235, 296, 298, 315, 323, 285 a 323, 602.

Autoridad **46 a 50, 52, 81** y conclusión. «El Buen Padre como Superior»: 193 a 208; «Retrato del Superior según el B. P.»: 245 a 256.

Bautismo **33, 71, 74, 75**. 303.

Benito (Regla de San) **40**. 238, 288, 354, 470.

Caridad **35, 36, 40, 41, 42, 43, 48, 50, 79, 80, 94, 103**. Cf. «Comunidad consagrada al Amor Redentor»: 325 a 374; «Comunidad de Comunión»: 473 a 567, 166, 172, 282, 596.

Carisma **38, 39, 107, 109**. 84, 114. Cf. «Vocación personal del B. P.»: 85 a 91.

Celadores **19, 24, 27** y conclusión. 82, 125 (256) 263 (274) (285) 288, 297 (303) 330, 345, 351, 354 (370) 380, 381, 388, 389, 390 (391) (403) 412 (415) 435, 436 (601).

Celibato, Castidad **78, 72, 75, 102 a 115**. 72, 77, 80, 263 353, 391.

Comunidad **3, 7, 26, 27, 28, 32 a 53, 59, 64, 76, 101, 114**. Hecho providencial: 1 a 21; Fundación: 67 a 84, 88, 90, 91, 183, 193 a 208, 209 a 225, 232 a 244, 245 a 256. Rasgos de la Comunidad: 257 a 621, 2, 3, 4, 284, 298 y «Comunidad de Comunión»: 473 a 567.

Confianza **5, 24, 34, 55, 68, 70, 88, 94, 95**. Cf. «Sentido providencial de la vida»: 92 a 126, 144, 214, 231, 233, 531.

Consejos evangélicos **70, 71, 72 y 70 a 115**. Cf. «Cristocentrismo y dicha del sufrimiento»: 127 a 158, 605...

Contestación **13, 15.** 65, 198, 243, 244, 248, 483, 492, 502, 503, 514, 520, 531.

Corresponsabilidad **18, 28, 40, 44, 45, 59, 63, 87, 88, 91, 100, 101.** Cf. «Actitud (del B.P.) hacia los Superiores»: 232 a 244; «Retrato del Superior según el B.P.»: 245 a 256.

Coudrin **1, 16, 19, 24, 26, 43, 68, 78** y conclusión. Cf. Notablemente: «Escritos del B.P.»: 22 a 28; «Etapas de la vida del B.P.»: 35 a 66; «Primeros esbozos de la fundación»: 67 a 84; «La vocación personal del B.P.»: 85 a 91; «Sencillez y modestia»: 177 a 185; «Actividad apostólica»: 186 a 192; «El B.P. como Superior»: 193 a 244.

Cristocentrismo. Cf. «Jesús»; «Imitación»; «Cuatro Edades»: 127 a 158, 335 a 374 y 404 a 417.

Cruz **2, 19, 20, 54, 61, 77, 83.** 128, 138, 139, 149, 151, 153, 154, 155, 157, 203, 340, 357, 359, 368, 371, 374, 384.

Cuatro Edades **6** y conclusión. 82, 150, 443, 444, 453, 602.

Descentralización **28** (cf. Corresponsabilidad). Cf. «Actitud (del B.P.) hacia los Superiores»: 232 a 244, 246, 252.

Diálogo **18, 28, 40, 41, 45, 50, 52, 56, 60, 86, 87, 88, 112, 114.** 200, 201, 203, 213, 218, 219, 223, 225. Cf. «Actitud (del B.P.) hacia los Superiores»: 232 a 244, 492, 494, 502, 503, 510, 511, 513, 514, 522, 523, 531.

Disponibilidad **2, 3, 16, 19, 26, 29, 31, 36, 41, 46, 54, 59, 95, 108, 110.** 180, 181, 184, 187, 188, 190, 191, 192, 197, 198, 199, 201, 202, 205, 206, 209, 214, 215, 224, 229, 231, 241, 243, 244, 250. Cf. «Útil a la Iglesia»: 299 a 310. «Comunidad de Comunión»: 473 a 567. «Comunidad al servicio de los pobres»: 599 a 621.

Escatología **3, 21, 65, 72, 75, 96, 108, 110.** 102, 112, 114, 118, 119, 125, 126. Cf. «Cristocentrismo»: 127 a 158; «Comunidad apostólica»: 285 a 323; «Comunidad consagrada al Amor Redentor»: 325 a 374, y especialmente: 335 a 417, 435, 436, 437, 444, 445, 452, 480, 488, 489, 544.

Esperanza **11,41, 80, 94, 95, 110.** 114, 118, 119, 121, 142, 147, 172, 249, 388.

Espíritu Santo **3, 4, 18, 26, 35, 49, 54, 55, 60, 65, 74, 82.** 159 a 176, 272.

Eucaristía **33, 61 a 69.** 429 a 472.

Evangelio **4, 26, 34, 70, 71, 76, 90, 97.** (Cf. Valores evangélicos). 4, 80 (88), 286; cf. «Comunidad apostólica»: 285 a 298, 602.

Fe **1, 6, 14, 17, 20, 21, 26, 27, 34, 41, 42, 55, 56, 57, 62, 73, 75, 78, 80, 82, 83, 106, 109.** 23, 92, 94, 101, 114, 132, 142, 172, 174, 303, 346, 348, 349, 350, 365, 446, 449, 473, 474, 532, 533, 552.

Fidelidad **1, 4, 15, 18, 19, 45, 49, 60, 64, 73.** Página 7: 1 a 5, 391.

Fraternidad **37, 52, 48, 114.** (Cf. Comunidad). 207, 226, 232; cf. «Vocabulario de la Fraternidad»: 551 y 552.

Iglesia **15, 21, 22, 23, 38, 39, 53, 62, 64, 72, 75, 81, 90, 109.** 45, 56, 57, 84, 87, 88, 114, 116, 291, 296. Cf. «Útil a la Iglesia»: 299 a 310, 324, 342, 365, 444, 446, 570, 588.

Imitación **6, 20, 46, 50, 71, 72.** 77, 133, 135, 139, 140, 143, 146, 157, 568; cf. «Cuatro Edades».

Jesucristo **1, 2, 3, 20, 21, 34, 54, 55, 61, 70, 77, 83, 84, 85, 92, 93, 104, 105.** 4, 68, 77, 80, 82, 92, 125; cf. «Cristocentrismo...»: 127 a 158, 173, 176, 249, 256, 339, 417, 444, 473, 480, 489, 492, 497, 499, 513, 515, 523, 537, 539, 546, 547, 548, 602, 605, 610, 613, 618; cf. «Devoción al S.C.»: 335 a 417.

Maria **34, 78, 79, 80, 115.** 77, 127, 343, 375, 377, 378, 380, 381 (382, 383), 393, 396, 398, 399, 401, 403, 418 a 428, 469 a 481, 295, 334, 342, 365, 370, 379, 380, 387, 388, 390, 391, 394, 395, 400, 402, 403, 436, 444, 445, 449, 489, 510, 547, 548, 342, 384, 385, 387, 392, 396, 397, 419, 423 a 426, 564.

Mundo **3, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 16.** 94, 95, 296, 488.

Obediencia **30, 81 a 88.** Cf. Autoridad 80 (218), 233, 256, 263, 353, 354. Cf. Autoridad.

Oración **31, 54 a 69, 112.** 56, 64, 116, 163, 292, 295, 296, 446, 448 (534), 535, 536, 587, 592.

Padre **2, 17, 24, 25, 35, 49, 53, 54, 55, 56, 62, 65, 77, 80, 84, 85, 95, 103.** 77, 100, 137, 339.

Palabra de Dios **2, 19, 26, 56, 57, 58, 60, 108.** 86, 114, 537 a 555.

Paz **21, 26, 31, 35, 37, 43, 50, 56.** 119, 204, 215, 320, 343, 362, 498, 506, 510, 517, 520, 522, 523, 525, 529, 532, 534, 564, 566.

Perfección **20, 48, 70, 71, 72, 83.** 80, 116 (126) (151), 383 (527) 532. Cf. también Santidad.

Persona **33, 36, 38, 39, 41, 44, 47, 50, 51, 56, 60, 73, 75, 88, 102.** «Preocupación (en el B.P.) de las personas... »: 209 a 225; «Actitud hacia los Superiores»: 232 a 256; «El rasgo más saliente de la Comunidad»: 473 a 567.

Pobreza **37, 89 a 102, 108, 115.** 38 (39), 80, 263, 353; cf. «Comunidad pobre...»: 568 a 621.

Profesión **10, 11, 26, 80, 91.** 80, 81, 426, 427, 573. Cf. «Votos».

Progreso **10, 11, 26, 80, 91.** 608. Cf. «Perfección», «Santidad».

Providencia **55, 56, 70, 94.** 1, 2, 16, 65, 92 a 126, 132, 194, 267, 269, 270, 273, 346, 349, 387, 488, 512, 561, 572, 583, 612, 614, 621.

Religioso **70 a 76, 3, 6, 7, 8.** 94, 127, 191, 195, 197, 201, 595. 1 a 5, 360, 372, 525; páginas 85, 271.

Reparación **2, 67, 68, 77, 79, 81, 83, 85, 103.** 350, 355, 364, 365, 432, 434, 435, 437, 444, 446, 448, 449, 450, 452, 453, 454, 457, 461, 471, 600.

Sagrado Corazón **6, 24, 34, 36, 53, 57, 68, 104** (cf. Jesucristo). 68, 77, 80, 82, 102, 126, 129, 157, 158, 204, 327, 328; «Devoción al S.C. » : 335 a 374, 378, 379, 380, 381, 383, 400, 402, 404 a 417, 430, 432, 436, 437, 443, 444, 445, 446, 449, 450, 457, 461, 486, 489, 510, 516, 540, 545, 546, 547.

Sagrados Corazones **34, 76 a 80.** 82, 92, 235, 263, 287, 288, 291, 325, 330, 331, 342, 343, 345, 351, 354, 364, 366, 375, 381, 383, 386, 387, 388, 389, 390, 394, 400, 404 a 417, 419, 436, 439, 445, 454, 482, 510, 512, 542, 543, 546, 547, 548, 549, 509.

Santidad **27, 70,** (Cf. «Perfección»). 77, 112 (241) (345), 532. Cf. «Perfección».

Sencillez **19, 55** (del B.P.): 177 a 185, 502.

Servicio **3, 4, 6, 16, 33, 34, 39, 46, 47, 73, 77 a 80, 87, 99, 114.** 60, 65, 88, 249, 534, 536 (551). Cf. «Vocabulario de la Fraternidad»: 551 y 552; «Retrato del Superior, según el B.P.»: 245 a 256.

Sufrimiento **7, 12, 16, 20, 30, 31, 36, 54, 77, 79, 83, 111.** Cf. «... dicha del sufrimiento»: 131 a 149, 150 a 158, 177, 206, 261, 368, 384, 496; cf. «Reparación»; 356, 357, 358, 359, 360, 365, 402, 477, 483, 600. Cf. «Cruz».

Testimonio **3, 6, 7, 8, 19, 20, 22, 27, 34, 48, 72, 75, 84, 90, 102, 108, 109, 110.** 59, 103 (fin) (565); cf. Celadores.

Unidad **22, 35, 38, 49, 50, 51, 52, 53, 61, 62, 64, 100.** Cf. "Comunidad". cf. III-IV: "Comunidad y Comuni3n" 473 a 567.

Valor **12, 15, 19, 21, 34, 40, 53, 71, 94, 109.** 4 (13) 16, 19, 20, 257 a 260, 327.

Vocación **4, 6, 17, 19, 23 a 30, 34, 47, 52, 72, 73, 75, 76 a 80**. Vocación del B.P.: 36, 38, 48, 85 a 91, 78, 259.

Votos **71, 72, 75, 76, 91**. 175, 194, 202, 263, 297, 307, 331, 332, 334, 599, 616, 619.

INDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	3
Instrumento de comunión	3
Instrumento de renovación de vida	3
ACUÉRDATE DE JESUCRISTO	5
I. SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO	7
Nuestra presencia en el mundo	8
Una nueva era	8
Repercusiones en la vida cristiana	10
Renovarse continuamente en la fidelidad	10
II «ID Y HACED DISCIPULOS DE TODOS LOS PUEBLOS»	13
Misión de la Iglesia	14
Una comunidad apostólica	14
La acción apostólica	16
III «TODOS LOS DIAS PERSEVERABAN UNANIMES CON ALEGRIA Y SENCILLEZ DE CORAZON»	19
Comunión verdadera en la caridad	20
Unidad en la diversidad	21
Paciencia y realismo	22
Formas de vida común	23
El servicio de la autoridad en la comunidad	23
Diversos niveles de la comunidad	24
IV «PERSEVERABAN EN PARTIR EL PAN Y EN LAS ORACIONES»	27
La oración de Cristo y la nuestra	28
Oración alimentada en la Palabra de Dios	29
Oración común y oración individual	30
La oración eucarística	30
El sacramento permanente, signo y llamada a la fidelidad	31
La adoración	31
V DEJAR TODO PARA SEGUIR A CRISTO	33
SEGUIR A CRISTO	34
CRISTO TRASPASADO A SU MADRE	35
SEGUIR A CRISTO EN SU OBEDIENCIA	37
Solo Dios merece ser obedecido	37
La obediencia es el alma de la obra de Salvación	37
La obediencia pasa siempre por la comunidad	38
COMUNIDAD DE BIENES, POBREZA Y USO DE LAS CRIATURAS	39
El mundo y la pobreza	39
Cristo y la pobreza	39
El sentido de la pobreza	40
Formas de la pobreza	41
EL CELIBATO POR CRISTO	42
El celibato en la Escritura	42
Tu respuesta	43

PERFIL DEL P. COUDRIN	45
El pastor	45
El fundador	45
El Superior	47
DOCUMENTO FUNDAMENTAL DEL TIEMPO DE LA FUNDACION	49
INDICE DE MATERIAS	50
SUPLEMENTO A LA REGLA DE VIDA	55
ALGUNOS TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO PARA AYUDAR EN LA MEDITACIÓN DE CIERTOS PUNTOS DE LA REGLA DE VIDA	55
INDICE COMPARATIVO	58